

MORUENA ESTRÍNGANA

MI ERROR FUE

*Creer en cuentos
de hadas*



6

Parte 1

Click
EDICIONES

Índice

Portada

Dedicatoria

PRÓLOGO

MI ERROR FUE CREER EN CUENTOS DE HADAS
PARTE I

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

AGRADECIMIENTOS

Biografía

PRÓXIMAMENTE

Créditos

Click

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*Dedico esta serie a mis lectores.
Gracias por estar conmigo en cada libro
y por vuestro cariño y apoyo constante.
¡Un escritor no es nada sin vosotros!*

PRÓLOGO

La joven levantó la cabeza del pecho desnudo de su amante. Lo miró con cariño, aún con las mejillas sonrosadas por lo que acababa de pasar. Se habían amado y había sido mejor que en sus sueños. No podía creer que el chico del que llevaba casi toda la vida enamorada por fin la hubiera hecho suya. Todo era perfecto. Pronto serían novios formales, más tarde se prometerían y un día sería su esposa. No se separarían jamás.

Le sonrió y él le devolvió la sonrisa. Estaba igual de cortado que ella. Había sido la primera vez para ambos —aunque él ya tenía diecisiete años y ella quince—, pero no habían podido refrenar su inocente pasión.

—Estaremos siempre juntos.

La joven le sonrió tras su bella promesa y él pudo ver el amor y la ilusión en sus grandes y almendrados ojos marrones.

—Sí.

No podía decir más, estaba abrumado por los sentimientos y por lo que acababa de suceder.

—Tengo que irme... —dijo ella, mostrando ser la que tenía más cordura de los dos.

Se vistieron entre risas y besos. Ninguno quería poner fin a esa noche, no querían que esa perfección se viera enturbiada por la realidad.

—Te quiero —le dijo la joven. Luego le dio un beso y se fue a su cuarto, que estaba en la zona del servicio, mientras ya soñaba despierta con la maravillosa vida que la esperaba al lado de su príncipe. Porque, a pesar de que él no le había dicho que la quisiera, lo había visto en sus bellos ojos azules.

La joven estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no se percató del hombre que la observaba con rabia por ver la felicidad que su hijo había implantado en la cara de esa niña.

Pero él se encargaría de arrebatarse esa sonrisa. No permitiría que su hijo fuera más feliz que él. Y con esa idea llevó a cabo su plan; un plan que destruiría el futuro de dicha de los dos jóvenes.

Y así lo hizo. Los sueños de la joven se vieron rotos en mil pedazos cuando la crueldad del que era su rey se cernió sobre ella, pero en el fondo su corazón, puro y soñador, aún tenía la esperanza de que su príncipe la salvaría. En los cuentos siempre sucedía eso: el príncipe acudía al rescate de la doncella... Mas esta vez no fue así. Esta vez el destino quiso que ese día dejara de creer en cuentos de hadas.

**MI ERROR FUE CREER
EN CUENTOS DE HADAS
PARTE I**

CAPÍTULO 1



Cuatro años y algunos meses más tarde

MATT

Me llevo la mano a la frente, cansado. Son más de las doce de la noche y no he dejado de revisar papeles desde esta mañana, y ya llevo así varias semanas. Por más que trato de sanear las empresas de mi padre para evitar que se vayan a pique y se despida a toda esa gente, no sé cómo hacerlo. Mi padre las gestionó muy mal, aparte de explotar a los trabajadores, y luego entró en la cárcel, donde acabó sus días. Todo pasó a ser mío y no sé cómo encauzarlo. Su mala gestión ya le hizo perder varias empresas en el pasado, y ahora me veo en el lío de intentar salvar las que quedan.

El título de rey que también heredé tras su muerte no es más que eso, un título que no simboliza nada. Si acaso, la historia de mis antepasados. Pero por lo demás, solo soy Matt. El palacio donde vivía mi padre lo he habilitado como museo de la historia de los antiguos reyes de este pueblo. No quería vivir en él; prefería hacerlo lejos de los recuerdos del tirano de mi padre. Ahora resido en una pequeña mansión en el reino de los padres de Liam y desde aquí dirijo las empresas. Me siento más cómodo en este pueblo.

Dejo para mañana lo que estoy revisando y decido irme a la cama. Cuando entro en mi cuarto, mis ojos van sin querer hacia el dibujo que me hizo una de mis mejores amigas, Jenna. Al final conseguí convencerla para que lo terminara, pese a que a su novio no le hacía mucha gracia que se recreara en dar forma a mis músculos. Sonrío al recordarlo: mereció la pena ver a Robert morir de celos por algo tan inocente. La quiere mucho y me alegro por ella, porque al final haya encontrado a alguien que no ate sus alas. Jenna es muy especial y si hubiera dado con alguien que no la hubiera entendido, habría acabado matando su esencia.

Me pongo el pijama y dejo el reloj en el escritorio, donde veo la invitación de boda de Dulce y Ángel. Hace unos años me hubiera parecido increíble este acontecimiento, casi tanto como el de que estén esperando un bebé... Aunque esto aún no nos lo han confirmado, todos lo sospechamos, pues Dulce no prueba nada de alcohol y Ángel está demasiado pendiente de ella, cosa que a Dulce la altera, y alguna que otra vez acaban discutiendo para luego hacer las paces entre besos y abrazos.

Pienso en ellos con cariño. Se me hace raro ver cómo maduramos y cómo vamos encauzando nuestras vidas... Yo no me siento preparado para tener hijos hoy por hoy, aunque tal vez se deba a que aún no he encontrado a la mujer con la que merezca la pena formar una familia... Sin querer, mi mente evoca a alguien a quien sí llegué a amar y,

aunque enseguida desecho ese pensamiento, tras los últimos acontecimientos no he podido evitar pensar en ella. Becca.

Busqué a su padre para comunicarle el fallecimiento del mío y convocar a su hija a la lectura del testamento. Me sorprendió mucho que su padre me dijera que iría él en su lugar, y más que el notario lo aceptara y no fuera primordial que ella asistiera en persona. Una parte de mí sintió alivio, pero otra... en fin, es mejor dejarlo estar.

Sin embargo, la sorpresa estaba aún por llegar, pues tras abrir el testamento y leerlo, descubrimos que no mencionaba para nada a su esposa. No le había dejado nada. El padre de Becca lo escuchó con rabia apenas contenida. Cuando el abogado le tendió unos papeles y le dijo «Esto es lo que quería tu hija», él solo apretó los puños y asintió.

—La anulación del matrimonio de su hija con el rey Raven —informó con una sonrisa el abogado de la familia—. Hace tiempo que llegaron estos papeles, pero el muy desgraciado no ha sido capaz de dárselos. Esto anula todo lazo que tuviera con él.

Lo miré sin comprender nada. ¿La anulación? ¿Por qué querría Becca anular su matrimonio si se casó con mi padre por lo que representaba ser reina? ¿Por qué renunciar a todo? Me quedé tan descolocado que cuando todos se marcharon seguía dándole vueltas en la cabeza, tratando de entender lo que había sucedido.

Al final llegué a la conclusión de que era mejor dejar el pasado atrás. Si su matrimonio con mi padre había quedado anulado y ella no quería tener nada que ver con el reino, mejor para mí. Así no tendría que volver a verla nunca más.

Aprieto el puño intentando alejar su recuerdo de mi mente y, sobre todo, para dejar de buscar una explicación donde no la hay. Nunca olvidaré lo que escuché de sus labios aquella tarde; ella lo dejó todo muy claro: solo le interesaba el dinero de mi padre. Si después lo conoció mejor y su maldad le hizo arrepentirse y pedir la nulidad de su matrimonio, eso no cambia que eligiera dejarme para casarse con él. No cambia nada.

BECCA

Me aparto el pelo castaño de la cara y sigo tomando apuntes. Cuando el profesor termina, recojo mis cosas rápidamente y las meto en la mochila para irme del instituto. Este curso se me está haciendo muy cuesta arriba, pero no puedo permitirme el lujo de repetirlo a mis veinte años, ya que por circunstancias de la vida me vi obligada a dejar los estudios y, desde que decidí retomarlos, me lo he tomado muy en serio para no perder mi valioso tiempo.

Salgo del instituto y voy a mi cita de cada día. Me espera el amor de mi vida, la persona que más quiero en el mundo y por la que sería capaz de darlo todo.

Cuando llego a su encuentro, sus ojos azules me miran con cariño y me derrito por dentro. Él es sin duda lo mejor que me ha pasado en la vida.

MATT

Salgo del despacho de mi padre en el palacio real, donde he estado revisando unos papeles desde muy temprano, y oigo el bullicio de los jóvenes que han venido de excursión esta tarde. Casi todos los días hay grupos que vienen para ver el museo. Para ellos debe de ser muy emocionante entrar en un palacio. Muchos ignoran que la vida aquí fue un infierno mientras vivió mi padre, tanto para mí como para los empleados del servicio.

Llego a la escalera principal y escucho a un niño hablar en la sala de armaduras. Al mirar en esa dirección, lo veo de espaldas. Es muy pequeño, no debe de tener más de tres años. Miro a su alrededor mientras me acerco a él y me percató de que está solo. «¿Qué hace un niño tan pequeño aquí solo?».

—¿Señor? ¿Tampoco hay nadie aquí dentro? ¡Jo! —Veo como mueve la mano de la armadura y, asustado por si se le cae encima, voy hacia ella y pongo la mano sobre el pecho de la armadura.

—Si le das muy fuerte, puedes tirártela encima —le digo sonriendo.

El niño se vuelve y me mira. Cuando lo hace pierdo la sonrisa y un escalofrío me recorre la espalda. Me quedo petrificado, sin saber cómo reaccionar. ¿Qué clase de broma es esta?

—¿Señor? ¿Está usted bien? —El niño pone su mano sobre la mía y la calidez de su pequeña mano me hace reaccionar. Trago el nudo que se me ha formado en la garganta y observo al niño rubio y de intensos ojos azules mirarme preocupado. Estudio su rostro una vez más, y una más, y cada vez que lo hago, me veo a mí mismo como era hace muchos años. Este niño es idéntico a mí.

—Sí..., estoy bien.

El pequeño me sonrío y se le forma un hoyuelo en la mejilla, el mismo que tengo yo...

Me separo de él y camino por la sala, pero el pequeño me sigue intrigado. Por un momento estoy tentado de decirle que se aleje, como si fuera alguna clase de aparición, aunque sé que no lo es. Es real.

—Es usted muy raro —comenta el niño a mi lado, mirándome curioso.

Me repongo para que no note nada raro y miro una vez más la sala para cerciorarme de que no hay nadie.

—¿Estás solo?

—No, he venido con mi cole. —El pequeño se muestra orgulloso—. Aunque mamá no quería dejarme, estaba preocupada por si me perdía... —Sonríe mostrándome sus

pequeños dientecitos—. Pero me he portado muy bien, no me he separado de la «seño» en todo el día.

—¿Y dónde está tu «seño» ahora?

—Pues... —El pequeño se vuelve y por primera vez es consciente de que se ha perdido. Me mira asustado y con los ojos llenos de lágrimas—. No está. ¡Mi mamá se va a preocupar!

Me sorprende que el niño piense tanto en su madre.

—Ven, miremos a ver si están en otra sala.

—No puedo —dice, mirándose los zapatos.

—¿Por qué?

—Eres un extraño. Mi mamá no para de repetirme que no me vaya nunca con extraños —comenta con voz cansada.

—No soy un extraño, mi nombre es Matt. ¿Y el tuyo?

El pequeño agranda los ojos y luego sonrío.

—¡Hala, te llamas como yo! Mi mamá siempre me dice que tengo un nombre muy bonito; y me dice Matty cuando está muy cariñosa o enfadada —dice sonriéndome.

—Espera aquí, no te muevas.

El niño asiente y yo, agobiado por esta última revelación, voy hacia el guarda de seguridad que hay en la puerta.

—¿Le importaría venir un momento, por favor?

El hombre me acompaña y, cuando llegamos a la sala, le señalo al pequeño. Este le saluda y el guarda le responde. ¿Qué esperaba? ¿Que fuera una alucinación? Se ve que sí.

—Este niño se ha perdido... —explico—. ¿Sabe si su colegio sigue por aquí?

—Lo lamento. Todos los grupos se han ido ya, me temo.

El niño agranda los ojos entendiendo perfectamente lo que quiere decir eso y se va hacia la ventana.

—¡Mi mamá no me dejará ir de excursión nunca más! —dice rompiendo a llorar.

—¿Necesita algo?

—No, ya me ocupo yo.

El hombre asiente y se va.

—Matthew, tranquilo, no pasa nada —le digo arrodillándome a su lado.

—Mi mamá se pondrá muy nerviosa y luego le dolerá el estómago... —Se lleva la mano a la tripa—. No quiero que la lleven otra vez a ese sitio feo y azul. No me dejaron estar con ella —dice entre sollozos.

Imagino que se refiere al hospital.

—Llamaré a tu mamá. ¿Tienes su número?

Asiente y se lleva la mano al forro de su chaqueta.

—Mi mamá me cose etiquetas con mi nombre y nuestro número de teléfono en toda mi ropa.

Se gira y veo la etiqueta. Cuando leo su apellido se me hiela la sangre de todo el cuerpo y me tengo que concentrar para no caerme. Hasta ahora buscaba otra explicación. No puede ser...

—¿Cuántos años tienes?

—Tres. Dentro de unos meses cumpliré estos —me dice mostrándome cuatro dedos con orgullo.

Lo miro fijamente, preguntándome si es mi hermano..., pero solo lo pienso un segundo, el tiempo necesario para aceptar la verdad. Yo no me parezco a mi padre, sino a mi madre. Y nunca he tenido hermanos... Lo cual solo puede significar una cosa: que este pequeño es mi hijo. Mi hijo con Becca. Y más si lleva el apellido de ella.

BECCA

Veo llegar el autobús, del que empiezan a bajar los niños para ir con sus padres. No me gusta cómo bajan todos en tropel, sin que las profesoras se preocupen de si están sus padres o no. Vigilo muy bien las puertas en busca de Matthew, no vaya a ser que salga corriendo y no me vea. Es demasiado curioso y atrevido. Me inquieto cuando no lo veo bajar, pero me recuerdo que soy demasiado asustadiza en lo referente a Matthew y trato de calmarme. Sin embargo, cuando ya no hay más niños en el autobús me acerco, alterada, hacia las profesoras, sintiendo como los nervios no me sientan bien para mi dichosa úlcera de estómago.

—Perdone. —La profesora me mira—. ¿Y mi hijo Matthew?

—Matthew... —La profesora mira hacia el autobús y niega con la cabeza—. ¿No...? Un momento.

Me llevo la mano al estómago y busco en mi bolso una de las pastillas que me dieron para cuando esto me pasara. Cuando veo a otra negar con la cabeza, me apoyo en uno de los coches que hay cerca. ¿Dónde está Matthew? Asustada y enfadada, voy hacia ellas.

—¿Dónde está mi hijo?

—Tranquila, estará...

—¡Lo habéis perdido! ¿Qué clase de profesoras sois? ¡Solo tiene tres años!

Me pongo cada vez más nerviosa... ¿Y si alguien se lo ha llevado? Es muy guapo y siempre llama la atención de la gente que lo rodea. ¿Lo habrán secuestrado? Mil atrocidades pasan por mi mente, haciendo que mi estómago se retuerza de manera preocupante.

—Estará en el palacio real... —La escucho hablar, pero solo le hago caso cuando dice el nombre del sitio a donde han ido.

—¿No ibais a llevarlos a un museo? —pregunto más asustada que antes.

—Ha habido un cambio de planes.

—¡¿Y por qué no se me ha informado?! ¡Nunca lo hubiera dejado ir allí!

—Tranquila, vamos a volver a por él..., venga en mi coche —me ofrece una de las profesoras.

—No... —Empiezo a negarme, pero accedo cuando recuerdo que no tengo medio de transporte.

Trato de calmarme durante el trayecto, pero es inútil. Estoy aterrada por lo que le haya podido pasar a Matthew. ¿Y si no vuelvo a verlo nunca más? Nuevamente el dolor de estómago me hace llevarme las manos al abdomen.

—Su móvil está sonando.

Bajo la mirada al bolso y lo abro. Con la música que tiene puesta, no me he dado cuenta de ello. Lo saco y veo que es un número que no conozco.

—¿Quién... es? —pregunto con voz temblorosa. Noto que dudan al otro lado antes de responder y me temo lo peor—. ¿Tiene a mi hijo?

—Sí, pero tranquila, está bien. Está en el palacio, donde vino de excursión y se separó del grupo.

—Gracias a Dios... —Las lágrimas que hasta ahora había conseguido reprimir caen por mis mejillas—. Ahora mismo estoy allí. Cuídelo, por favor.

—Lo haré.

Cuelgo y respiro más relajada, aunque hasta que no abraza a Matthew, no lo estaré del todo.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta, preocupada, la profesora.

—¡A usted qué le importa! —le respondo mirando hacia la ventanilla.

—Ha sido un descuido...

—Cuidar niños pequeños es una responsabilidad muy grande y sí, los descuidos existen, pero también las listas para contar a los pequeños y ver si han subido todos en el autobús, y ustedes no lo hicieron, dieron por hecho que estaban todos y se fueron. Si no están preparados para organizar excursiones, no las hagan y nos ahorran estos disgustos.

—Usted firmó una autorización...

—¡Para ir a un museo! ¡No al palacio real de Raven!

—Se está alterando.

La observo seria y decido dejarlo estar. La mujer ni se ha inmutado, sigue fría como el hielo.

Cuando llegamos al palacio, me bajo nada más aparcar y le digo:

—Puede irse, ya no necesito su ayuda.

—De acuerdo, lo que usted quiera.

Y sin más, se marcha. Se me hace raro que me llamen de usted cuando solo tengo veinte años, pero al ser la madre de Matthew, mucha gente lo hace y ya he desistido de decirles que me traten de tú.

Contemplo el palacio mientras camino hacia la puerta, con un gran peso en el corazón. Nunca hubiera querido volver aquí. Aquí fue donde me crie. Mi padre, antiguamente, era el mayordomo del rey y, desde que mi madre nos abandonó, yo vivía con él en sus habitaciones, en la zona de la servidumbre. Así fue como conocí a Matt, no siendo yo más que una niña. Cuando él venía a palacio, jugábamos juntos y poco a poco, a medida que crecíamos, lo que yo sentía por él se convirtió... en obsesión, en sueños rotos. Para mí era mi príncipe... «Pero los príncipes de los cuentos no existen en la vida real, y él desde luego no era uno de ellos», me recuerdo.

Toco a la puerta y me dejan pasar. Mi idea es coger a Matthew y marcharnos de aquí antes de que me vea alguien que me reconozca o, peor aún, Matt. Él no debe conocer a mi hijo. No estoy preparada para eso.

—Su hijo está en la sala de armas —me dice el joven guarda.

—Gracias. Sé dónde está.

El joven asiente y me dirijo resuelta hacia donde me ha indicado. Al poco escucho su vocecita de niño: debe de estar hablando con el joven que me llamó. Cruzo la puerta de la sala y lo veo tras un hombre muy alto, pero no tengo ojos para él, solo para mi hijo.

—¡Mamá! —Matthew corre hacia mis brazos en cuanto me ve, y me arrodillo para abrazarlo.

Cuando su pequeño cuerpo se refugia en el mío y me rodea con sus bracitos, siento como la tensión de todo lo vivido me abandona, dejándome deshecha. «Gracias, Dios mío, gracias...». Intento contener las lágrimas. Pero he sentido tanto miedo a que le hubiera pasado algo, que me cuesta un mundo hacerlo.

—Estoy bien, mamá, no me aprietes tan fuerte.

—Te lo mereces por lo que has hecho... —Me separo de él y lo miro seria. Aunque estoy feliz por encontrarlo, no quiero que piense que no tiene importancia, quiero que entienda que lo que ha hecho no está bien—. ¿¿Se puede saber por qué te separaste del grupo?!

—¡La «señor» no me dejaba mirar las armaduras! ¡Y ya sabes cuánto me gustan!

—¡Pero eso no es motivo! ¡Me has dado un susto de muerte!

—Lo siento, mami..., yo no quería. —Matthew empieza a hacer pucheros.

—Tus pucheros no te librarán del castigo, jovencito. —Matthew me mira compungido y con los ojos llorosos—. Nos vamos.

Matthew asiente. Me pongo de pie para coger su mano y me vuelvo hacia donde está el joven que lo ha cuidado, pues he visto por el raballo del ojo que estaba cerca, observándonos.

—Señor, gracias por... —Me callo, levanto la cabeza y me encuentro con unos ojos azules que no he conseguido olvidar en todo este tiempo; tal vez porque Matthew nació siendo un clon de su padre. El día no podía ir a peor.

Contemplo a Matt. Lleva su pelo rubio a la moda, de punta, y sus ojos serios me observan sin perder detalle.

Doy un paso hacia atrás. Y Matt uno hacia delante. Ha cambiado mucho en este tiempo. Ahora debe de medir casi un metro noventa y sus músculos son visibles bajo su ropa. Me parece enorme a mi lado. No estaba preparada para verlo y menos aún para que conociera a mi hijo.

—Mamá..., ¿estás bien? —Matthew tira de mi mano, pero yo no reacciono. Mis ojos están atrapados en los de Matt. Esto es una pesadilla.

—Tenemos que hablar —me dice Matt muy serio.

Todo acaba de empeorar, pues en sus ojos veo que sabe la verdad que hasta ahora le he ocultado.

CAPÍTULO 2



MATT

Observo incrédulo a Becca. No puedo creer que todo esto sea real. Pero es ella, aunque ya no queda nada de la niña que conocí. Sus rasgos están más perfilados, más maduros, más... hermosos. Sus ojos almendrados, de un color marrón profundo, me observan serios y algo acuosos por lo vivido. Su pelo largo, castaño, le cae liso por la espalda. Sigue siendo algo bajita, pero los años le han dado unas curvas perfectas para ser la perdición de cualquier hombre... Aparto la mirada enfadado por mi forma de contemplarla y veo al niño a su lado. No se parece a ella, pero sí a mí.

—Yo... tengo que ir a trabajar —me dice muy seria y nerviosa. Sigue conservando su manía de morderse el labio cuando algo le preocupa y se lleva una mano al estómago. Entonces recuerdo lo que me comentó el pequeño sobre los dolores de su madre. ¿Estará enferma?

—Llama y di que hoy no puedes ir. No voy a dejar que te marches hasta que hayamos mantenido una conversación.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Por qué miras enfadada a este hombre? Es muy simpático. Me ha invitado a merendar. He sido bueno y le he dicho que no pero ¿sigue siendo un extraño? —comenta Matthew tirando de la mano de Becca.

—Sí, hijo, es un extraño.

Me río irónico y la miro serio.

—Qué más quisieras, ¿no?

Becca respira hondo al tiempo que su móvil empieza a sonar. Al sacarlo de su bolso, me fijo en que es un móvil muy sencillo, de los antiguos que ya casi nadie usa.

—Hola, Elen..., siento llegar tarde. —Se gira para hablar por el móvil y Matthew viene hacia mí muy serio y tira de mi mano.

—Me estoy haciendo pipí. ¿Dónde están los baños?

Lo observo: el niño ha empezado a hacer movimientos raros.

—Ven conmigo.

—Mamá, vamos al servicio. —Becca se separa del móvil un momento y veo como sus ojos pasan de Matthew a mí y se tornan serios. Asiente sin más y sigue hablando por el móvil. Al menos, confía en que no lo secuestraré ni nada por el estilo... ¿Y eso importa acaso? Ella es una mentirosa. ¿Cómo ha podido ocultarme algo así? ¿Por qué ha querido

anular el matrimonio con mi padre, privando a su hijo del dinero que podría proporcionarle su matrimonio? No entiendo nada, pero pienso hablar con ella y descubrirlo todo. No se van a ir de aquí hasta que sepa la verdad. ¿Y luego? Dios dirá.

BECCA

Le cuento todo a Elen y le pido perdón otra vez por el retraso.

—No me pidas perdón por eso. Aunque sea tu jefa, antes que eso soy tu amiga.

—Ya...

—Voy para allí. Esperadme en el palacio.

—No hace falta...

—Sí la hace, ahora me necesitas. Y tranquilízate, todo saldrá bien.

—Lo dudo..., todo ha cambiado...

—Nos vemos ahora. Este día tenía que llegar.

Cuelgo, miro hacia donde Matt se ha llevado a mi hijo y me dirijo hacia allí. Elen y yo nos conocimos cuando me puse de parto de Matthew. Me pilló por sorpresa, saliendo del trabajo. Rompí aguas en plena calle y Elen, que pasaba por allí, no solo me llevó al hospital, sino que estuvo conmigo todo el tiempo que duró el parto. Estaba muy asustada y su presencia, de alguna forma, me tranquilizaba. Yo solo tenía dieciséis años, y por aquel entonces aparentaba aún menos edad. A sus ojos no era más que una niña, supongo, aunque Elen no es mucho mayor que yo, tan solo me saca cinco años.

Cuando Matthew nació, Elen me preguntó si estaba sola y le dije que sí. Desde ese día no se ha separado de mí ni del pequeño. Nos acogió en su casa y en este tiempo se ha convertido en una hermana para mí. Ahora soy su secretaria y gracias a eso puedo trabajar en casa y cuidar de Matthew. No sé qué habría hecho de no haberla conocido. A veces aparecen personas en tu vida que son como ángeles, que te ayudan desinteresadamente, sin esperar nada. Y Elen lo es.

—¡Mamá, he entrado en el baño de los chicos!

Matthew viene hacia mí eufórico por ese hecho —conmigo tiene que entrar en el de mujeres y siempre pone mala cara.

—Qué bien, cariño —le digo. Matt lo sigue de cerca.

—¿Puedo ir a la cocina a merendar chocolate con bollos? Matt me ha dicho que la cocinera los hace riquísimos...

—No, no pue...

—Sí —responde Matt tajante—. Tu madre y yo tenemos que hablar.

Asiento, sabiendo que no tengo escapatoria, y vamos los tres hacia la cocina. Cuando pasamos por delante del guarda de seguridad que hay en la puerta, le pido que cuando llegue Elen le indique dónde estamos.

Llegamos a la cocina; no ha cambiado mucho desde que estuve aquí la última vez. Matt busca una taza y le pone a Matthew chocolate. Al lado hay un trozo grande de bizcocho.

—La cocinera ya se ha ido, pero ha dejado esto. Ella se encarga de hacer la comida a los trabajadores —nos explica—. Matthew, ¿te puedes quedar aquí solo un rato, hasta que tu madre y yo volvamos de hablar?

—Sí, ya soy un chico mayor —contesta Matthew sentándose a la mesa y mirando con gran deleite su chocolate y su trozo de bizcocho.

—¿Podemos esperar hasta que llegue Elen? Matthew es muy curioso y si ve algo que le llama la atención se irá a mirarlo... El palacio es muy grande.

Matt asiente y coge otras dos tazas para él y para mí.

—¿Quieres?

—Ahora no me entra nada.

Asiente y solo se sirve chocolate para él; luego se sienta al lado de Matthew, que ya ha empezado a mojar el bizcocho en el chocolate. Yo me siento a su otro lado y le recojo las mangas.

—Matthew, no sabes comer.

Matthew se ríe y sigue disfrutando de su bizcocho, y Matt hace lo mismo. Parece relajado. ¿Acaso no le perturba todo esto? No lo sé, pero por lo visto la única que está incómoda con esta situación soy yo.

Ayudo a Matthew con la merienda hasta que me mira serio.

—¡Mamá, puedo solo! Ya no soy un bebé.

—Pues por cómo te estás manchando lo pareces —le digo seria.

—Tendré cuidado —me dice mirándome con la misma seriedad. Aunque pronto se le pasa y sonrío.

—De todos modos, la ropa va a la lavadora y tú, con ella. —Matthew se ríe, como siempre que hago este comentario.

—Luego nunca me mete en la lavadora —le comenta a Matt, como si él no lo supiera—. Es una broma de mi mamá.

—Ya me imagino. Si te metieras en la lavadora, te harías mucho daño.

—Lo sé, ella me lo dijo. Siempre me avisa de todo lo que me puede hacer daño... —Se acerca a Matt y le dice flojito—: Es una pesada.

—Te quiere y se preocupa por ti.

—Lo sé, pero es una pesada de todas maneras.

Observo de reojo como Matt sonríe a Matthew. Son idénticos. No me extraña que no tuviera dudas de que es su hijo, ya que Matt es igual que su madre. Por suerte, ninguno de ellos se parece al padre de Matt. Ese ser despreciable no merece que nadie se le parezca en nada.

Trato de calmarme y me centro en que Matthew meriende.

— T a Elen!

Matthew se levanta y corre hacia Elen, que acaba de entrar en la cocina. Lleva un traje de chaqueta de color rosa clarito y el pelo pelirrojo le cae a capas por la espalda. Sus grandes ojos grises observan a Matthew con cariño mientras lo saluda acariciándole el pelo.

— Quieres chocolate?  Est  riquísimo! —Matthew coge de la mano a Elen y la lleva hacia la mesa. Matt se ha puesto de pie y yo hago lo mismo.

—Elen, él es Matt.

—Encantada de conocerte —comenta Elen tendiéndole la mano a Matt.

—Lo mismo digo. Si nos disculpas... —Elen asiente—. Vamos, Rebeca, tenemos que hablar.

Miro a Matt alejarse. Me ha llamado Rebeca. Nadie me llama así, solo la gente que no me conoce o que no saben que mis amigos y parientes cercanos me dicen Becca. Y Matt lo sabe. De hecho, nunca me ha llamado Rebeca, pero esto es bueno para que no olvide la distancia que nos separa y lo mucho que ha cambiado todo entre nosotros.

Sigo a Matt y entramos en una pequeña salita; es donde comían los sirvientes cuando el castillo estaba habitado. Mi padre y yo comíamos aquí y muchas veces junto a Matt, que se escapaba para comer con nosotros.

Matt cierra la puerta.

—Puedes sentarte si quieres.

—No, prefiero quedarme de pie.

—Bien. —Matt apoya las manos en el respaldo de una de las sillas y me doy cuenta de que su semblante tranquilo ha desaparecido. Ahora me observa con furia y seriedad—.  Pensabas decírmelo? —pregunta sin irse por las ramas y sin entrar en la cuestión de si Matthew es hijo suyo o no. No tiene dudas de que lo es.

—No —le miento. Pero es más fácil decirle eso que explicarle la cantidad de veces que trató de escribirle para contárselo. Tengo en casa miles de cartas inacabadas que nunca me he atrevido a mandarle. Tem a que se enterara su padre y me quitara a Matthew. Y cuando su padre murió, no tuve valor. Había pasado demasiado tiempo.

Matt se tensa y toma aire.

—¿Y si fuera al revés? Si los hombres tuviéramos los hijos, ¿no te gustaría saber de Matthew?

Agacho la cabeza y miro la mesa.

—Sí. Pero tú dejaste claro hace años que no querías saber nada de mí y...

—Perdona que te corte pero, tal y como yo recuerdo, los acontecimientos no fueron así. Tú quisiste ser reina.

—¿Que yo quise ser reina?! ¿Con tu padre? ¡Estás loco! —exploto—. Lo he temido toda mi vida y lo odié cuando me obligó a ser su esposa. —Matt pone cara de no entender nada—. ¡No te hagas el tonto, te lo expliqué en la carta que te di! Y tú no hiciste nada..., no te importó que me casara con él. Pese a saber lo detestable que era tu padre, me dejaste a mi suerte... ¿Por qué iba a suponer que querías saber de Matthew?

—¿De qué demonios estás hablando?! No me hagas parecer el malo, fuiste tú la que le dijiste a mi padre que querías casarte con él y hacer realidad tu cuento de hadas siendo reina. Que no sentías nada por mí. ¿Acaso me lo estoy inventando? ¿Acaso es mentira lo que escuché a hurtadillas?

Lo miro asombrada y trato de hacer memoria. No tardo mucho en recordar a qué se refiere, pero cuando lo hago, me quedo aún más impactada.

—¿De verdad creíste que eso se lo decía de verdad? —Rememoro la escena: le estaba diciendo a Raven irónicamente lo que esperaba que le dijera a Matt para que creyera que me casaba con él de buen grado. Nunca pensé que Matt pudiera oírlo y menos aún, que lo creyera.

—¿Y qué esperabas?

—Que leyeras la carta, tal vez... Que me ayudaras a salir del problema en el que me había metido... Sobre todo, que no me dieras la espalda.

—Yo no te di la espalda pero, tras escuchar eso, no tenía muchas ganas de leer tu carta.

—¿Y qué hiciste?

—La quemé.

—¿Sin leerla? —Matt asiente—. ¿De verdad me creías capaz de algo así?

—Vamos, Be... Rebeca, te conocía desde niña. Yo mismo había jugado contigo a príncipes y princesas en el jardín. Habíamos leído montones de cuentos de castillos, hadas y bodas reales. ¿Por qué debería dudar de tu palabra cuando le dijiste eso a mi padre?

—Porque él me amenazó y yo le estaba hablando irónicamente. Si te hubieras quedado unos minutos más, habrías escuchado como añadí que jamás te diría algo así.

—¿Y entonces por qué te casaste con él? No lo entiendo.

—Amenazó a mi padre. Me dijo que lo dejaría en la calle sin remunerarle los años trabajados y que daría malas referencias de él, para que nunca más pudiera trabajar de

mayordomo. Y ya conoces a mi padre, sabes que disfruta con su trabajo. Es lo único importante para él. Tu padre me puso contra la espada y la pared.

—¿Y por qué haría algo así?

—Tu padre nunca ha necesitado un motivo para hacer daño a la gente. Sin embargo, esta vez lo hizo porque yo te quería a ti y él no quería que tú fueras más feliz que él.

Matt se lleva las manos a la cabeza y va hacia la ventana. Sé que esto no es fácil de asimilar, y menos saber que es padre de un niño de tres años.

—Por eso le hice jurar que pediría la nulidad. Pese a aceptar y tenerla desde hace tiempo, no quiso comunicármelo.

—De acuerdo, eso explica muchas cosas, pero no que haya tenido que pasar tanto tiempo sin conocer a mi hijo. —Se vuelve y me observa serio—. El tiempo que he perdido de estar a su lado, muchos momentos importantes de su infancia..., eso nunca lo recuperaré. ¿Quién me devolverá esos años?

—Matthew es mío...

—No, desde ahora es de los dos y no pienso desentenderme de él. Como tampoco lo hubiera hecho de haber sabido antes de su existencia.

—Yo puedo cuidarlo sola...

—¡¿No crees que ya me has apartado suficiente de él?! —brama enfadado.

Sé que tiene razón, que no puedo alejarlo de su hijo, pero la idea de estar cerca de él más tiempo me tensa.

—Matthew no sabe que eres tú, pero sí sabe de ti... Le he hablado muchas veces de su padre.

—Y le pusiste mi nombre.

Aparto la mirada y me recuerdo con dieciséis años, con Matthew en los brazos y viendo en el pequeño a su padre. Los ojos se me llenaron de lágrimas y supe que mi hijo era lo máximo que podría tener de la persona que tantos años había amado. Por eso no pude pensar en otro nombre para él.

—Sí —comento, sin más.

—¿Dónde vivís?

—En casa de Elen. Nos alquila un cuarto.

Ella no quería alquilármelo, quería que viviéramos en su casa sin pagarle nada, pero le insistí mucho. No quería sentirme además una carga para ella; demasiado hace estando siempre a mi lado.

—Matthew no puede seguir yendo a ese colegio.

—No tengo dinero...

—Ahora sus gastos también son cosa mía.

—No...

—Sí. —dice muy serio y tajante—. Lo son, y hazte a la idea. Mañana es sábado. Este fin de semana hablaré con un par de personas y el lunes empezará a ir a un nuevo colegio.

—Puedo hacerlo sola —le digo enfadada.

—Tú ya has hecho suficiente.

Me pongo tensa y noto que Matt también lo está.

—¡No puedes llegar de repente y cambiar toda mi vida!

—¿Como tú has hecho conmigo por no decírmelo antes?

Lo miro furiosa, sabiendo que tiene razón.

—Me gusta mi vida.

—A mí también me gustaba mucho la mía antes de hoy, pero todo ha cambiado.

—No tiene por qué cambiar. Puedes ver a Matthew cuando quieras, pero no tienes por qué...

—Tengo por qué, y lo haré.

Abro la boca para hablar, pero Matt me corta.

—Ha sido un día muy largo para ambos. Es mejor que descansemos y mañana sigamos hablando. Iré a tu casa.

Saca su móvil de última generación y me pregunta la dirección. Se la digo, sabiendo que no me queda más remedio y deseando irme de aquí para pensar en todo lo que ha sucedido.

—Si no le dices a Matthew la verdad, lo haré yo mañana.

—¿Solo me das un día?

—Sí, esto ya se ha retrasado demasiado.

Matt se aleja hacia la puerta y la abre. Matthew lo mira sonriente con la cara llena de chocolate. Elen está a su lado limpiándole como puede, pero él no deja de moverse.

—¿Por qué estás tan serio? —le pregunta a Matt.

—No estoy serio —Matt se agacha a su lado—. Mañana iré a vuestra casa para hablar con tu mamá unas cosas...

—¿De verdad? ¡Mamá, podrías hacerle para comer costillas al horno! Le salen muy ricas. —Y volviéndose hacia Matt, le susurra—: Aunque no todo le sale rico. A veces cocina muy mal. Ahora que lo pienso, creo que las costillas es lo único que le sale bien — comenta flojito poniendo cara de asco—. Pero no se lo digas. Tía Elen siempre me dice que me coma la comida de mamá y no le diga que está mala, porque eso la ofendería.

Elen se ríe y miro seria a Matthew. No sabe tener la boca cerrada.

—Matty —le recrimino.

—Lo siento, mamá —y le dice a Matt—: Nos ha oído.

Matt le sonríe y le revuelve el pelo antes de levantarse.

—Pod is ir os cuando quer is. Nos vemos mañana.

MATT

Los veo alejarse desde mi antigua habitación en este castillo, a la que he subido porque necesitaba pensar. Aún no me hago a la idea de todo lo vivido, no solo porque tengo un hijo, que eso de por sí ya es importante y me cambia la vida, sino porque ahora s  que el desgraciado de mi padre amenazó a Becca y ella se vio obligada a casarse con él esperando que yo la ayudara. Ahora que hago memoria, cuando me dio la carta a escondidas me di cuenta de que había estado llorando porque tenía los ojos rojos, pero la rabia no me dej  ver la desesperación en su mirada. Desde niño he sentido debilidad por ayudar a los demás y, sin embargo, no fui capaz de ver que ella me necesitaba... porque la quería. Y eso me hacía tener dudas, miedos e inseguridades. Tem a que ella no sintiera lo mismo, que lo nuestro fuera fugaz, y ese miedo me hizo no ver la realidad. Sabía lo desgraciado que era mi padre, podía haber imaginado algo así..., pero no lo hice, y eso me enfurece.

De todas formas, Becca debería haberme dicho lo del niño, si no al principio, s  más adelante. No puedo perdonarle que me lo ocultara, y más aún al tener la certeza de que, de no haberme encontrado hoy con Matthew, nunca habría sabido de su existencia.  C mo pudo alejarme de él?  Y privarle a él de su padre?  No me merecía saber que tenía un hijo?  ramos muy jóvenes, debería haberme dado otra oportunidad.

Siento una tremenda rabia por los años que me he perdido al lado de Matthew, porque otra persona haya decidido si yo debía conocerlo o no. No es justo. Yo merecía saberlo. Siempre he pensado que cuando tuviera un hijo no me gustaría ser como mi padre. Pensaba en estar con él siempre que pudiera... y me he perdido tres años...  Maldita sea! Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo, pero no puedo hacer nada por recuperarlos. Sinceramente, no me había planteado tener hijos, pero ahora que sí que Matthew existe, me hubiera gustado haberlo conocido desde que nació. Tal vez nunca llegue a comprender a Becca.

Escucho sonar el móvil y lo saco del bolsillo. Es Jenna.

— D nde est s? Pens  que vendrías esta tarde...

—Perdona, lo olvid  —comento, recordando que había quedado en pasarme por su casa esta tarde.

— Vas a venir?  Te pasa algo? Te noto la voz seria...

—Ahora voy y hablamos. —Le cuelgo tras un frío adiós y bajo al garaje a por mi coche. Tal vez me venga bien compartir esto y ver si al decirlo en alto logro entenderlo

algo mejor, o aceptarlo al menos, pues aún sigo en estado de *shock*.

* * *

Cuando llego a su casa y Jenna me abre la puerta con el semblante preocupado, enseguida me arrepiento de ser el causante de su pesar.

—¡Tío Matt! —Un remolino de gasas rosas y olor a caramelo cae en mis brazos al agacharme. Le quito de la cara las gasas enredadas y observo unos sonrientes y alegres ojos dorados—. Soy una princesa.

—Una princesa castigada como no me dejes quitarte el vestido.

Nora saca la lengua a su madre y me levanto con ella en los brazos.

—Le he puesto el vestido que llevará en la boda de Dulce cuando los anillos y ahora no hay quien se lo quite.

—Si no te lo quitas, se estropeará y el día de la boda irás feísima —trato de convencerla.

—No, mi mamá me lo arregla.

—No pienso hacerlo —dice Jenna cerrando la puerta y pasando al salón—. O te lo quitas, o el día de la boda irás con un vestido sucio y arrugado.

Nora se enfurruña y la dejo en el suelo para que Jenna se la pueda llevar, pues parece que lo de ir fea la ha convencido.

Entro en el despacho de Robert tras tocar a la puerta.

—¿Mucho trabajo?

—Sí, ya lo sabes tú. —Me tiende la mano y me siento en una de las sillas del despacho—. Jenna está preocupada desde que ha hablado contigo por teléfono. ¿Estás bien?

—He tenido días mejores.

—Pues ya puedes ir contándonos lo que te sucede —me comenta Jenna desde la puerta con Nora en los brazos. Ha conseguido quitarle el vestido y ponerle un pijama de color rosa. A la pequeña le encanta ese color—. Le pongo los dibujos y mientras le preparo la cena nos cuentas todo —me dice seria.

Asiento y se marcha.

—Antes no era tan mandona —le digo sonriente a Robert.

—Y que lo digas —me responde con una sonrisa que expresa lo poco que le importa que ahora sí lo sea.

Entro en la cocina seguido de Robert y Jenna. Robert saca unos refrescos y una bolsa de patatas y Jenna se pone con la cena de la pequeña.

—¿Qué ha sucedido? —me pregunta mientras abre la nevera para sacar los ingredientes.

—No sé muy bien por dónde empezar. —Y esa es la verdad. Nunca imaginé que un día tuviera que contar algo así.

—Yo diría que por el principio. Luego ya irá saliendo todo.

—El principio fue hace más de cuatro años —digo sin alegría a Jenna—. ¿Te acuerdas de Re... de Becca? —A Jenna siempre le hablaba de ella como Becca y, además, ahora que ella no está delante, no tengo necesidad de mantener las distancias y dejar claro que todo es distinto.

—¿La hija del mayordomo?, ¿esa con la que jugabas de niño cuando tu madre te obligaba a pasar los veranos con tu padre en el reino?

—Sí, esa. Pues resulta que, conforme crecimos, la amistad se convirtió en algo más, al menos por mi parte.

—Eso no me lo habías contado —me dice algo molesta, pero continuo:

—Becca siempre me había fascinado. En invierno nos escribíamos para contarnos lo que hacíamos. Creía que lo que sentía por ella era solo amistad..., pero cuando fui a veranear a casa de mi padre con diecisiete años, todo cambió. Lo supe en cuanto la vi y me sorprendí mirándola de forma distinta: ya no parecía una niña y me sentí atraído por ella. Cuando nos íbamos a la playa..., digamos que mis sentimientos hacia ella ya no eran los de un amigo. Este descubrimiento me dejó descolocado, pero no podía negarlo, y sabía que Becca sentía lo mismo por mí... El caso es que entre nosotros comenzó una relación casi sin darnos cuenta y sin que ninguno de los dos dijera nada.

Hago un alto. Me percató de que estoy sonriendo por el recuerdo y me pongo serio; eso ya es pasado.

—Y ocurrió que una noche nos dejamos llevar por una pasión inocente, y ahora sé que esa noche nos costó cara...

—¿Por? —me pregunta Jenna, asustada.

—Porque nuestra inocencia se transformó en imprudencia...

—¡Matt! —me reprende Jenna por no ir al grano.

—Tengo un hijo. Un niño de poco más de tres años.

Tanto Jenna como Robert se quedan mudos; ninguno de los dos esperaba algo así.

—Me he enterado esta tarde.

Les cuento lo que ha sucedido hoy en palacio y lo que hizo mi padre para separarme de Becca.

—No tengo palabras. Ha debido de ser impactante para ti verte en la cara de ese niño.

—No te lo imaginas, creía que me había vuelto loco —confieso serio a Jenna.

—¿Y qué piensas hacer? Porque imagino cómo debes sentirte. Te duele no haber estado al lado de ese niño desde el primer día, siempre deseaste que tu padre hubiera pasado más tiempo contigo...

—Me conoces bien —le digo con cariño a Jenna, que me sonrío y pone su mano sobre mi brazo para luego abrazarme con fuerza. Acepto su abrazo y noto que me da fuerzas—. Estoy perdido..., no sé qué hacer.

—No quieres perdonarla —adivina Robert, apoyado en la mesa—. Yo estaría como tú. No me gustaría enterarme de repente que me he perdido tres años de la vida de un hijo mío.

Jenna se separa y mira a Robert.

—¿Y si ella estaba asustada?

—Puedo entender que lo estuviera al principio, pero en tres años ha tenido tiempo para pensar que Matthew necesitaba un padre...

—... A menos que tenga a alguien que haya sido un padre para el niño... —Miro a Robert con el ceño fruncido, y añade—: Veo que no habías pensado en esa posibilidad.

—No.

Trago el nudo en la garganta que esa perspectiva me ha causado. No quiero que nadie ocupe mi lugar... ¿Y si ya hay alguien que lo hace?

—Es mi hijo. Mañana iré a hablar con ella a su casa y pienso dejarle las cosas claras.

—Deja que el corazón también te guíe en esto, y trata de comprender a Becca —me aconseja Jenna.

—Puedo entender que se vio obligada a casarse con mi padre..., pero no lo de Matthew. No puedo.

—Todo esto me parece increíble..., tienes un hijo —comenta Jenna tras un incómodo silencio.

—Mami, tengo hambre —comenta Nora desde la puerta mirando a sus padres y poniendo morritos.

—Ya voy, cariño. —Jenna termina de hacer la cena y se va al salón con la niña.

Mientras Jenna atiende a Nora, ayudo a Robert a preparar algo para cenar nosotros. Al poco llega Dulce: como vive tan cerca de ellos, cuando Ángel se va de viaje por su trabajo, suele pasarse por aquí para no estar sola. Cuando le cuento la historia, se queda impresionada.

—No me lo puedo creer.

—Es increíble... —dice Jenna, que entra en la cocina con un álbum de fotos en las manos—. Mira lo que he encontrado.

Jenna me tiende una foto. En ella salimos Jenna, Bianca y yo cuando no éramos más que unos niños. Me observo en medio de las dos, sonriente, y es como si estuviera viendo

a Matthew.

—Es idéntico a mí.

—Entonces tiene que ser muy guapo —concluye Jenna con una sonrisa.

—¿Me tengo que poner celoso? —pregunta Robert sonriente.

—Sí —le reta Jenna, y volviéndose a mí, pregunta—: ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé —confieso.

Nos sentamos a la mesa. A mí no me entra nada, mi mente sigue dándole vueltas a todo, pero ninguno comenta nada sobre mi inusual falta de apetito. Cuando terminamos de cenar me despido de ellos, con la promesa de que les tendré informados de todas las novedades.

Ahora solo me queda pensar qué debo hacer, pero lo que tengo claro es que no pienso estar lejos de Matthew ahora que lo he encontrado, aunque eso suponga tener que enfrentarme a Becca.

CAPÍTULO 3



BECCA

Pongo en el DVD que Elen me regaló uno de los vídeos de Matthew. Desde que nació, ambas hemos grabado con su cámara momentos del pequeño. Decía que era importante inmortalizarlos. Cuando voy por el segundo DVD, Elen toca a la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Sí. —Elen entra y se sienta a mi lado en el sofá de mi cuarto. Matthew está durmiendo en una pequeña habitación aquí al lado. Ya hace rato que se acostó, totalmente ajeno a lo que ha pasado hoy. Aún no le he dicho quién es su padre, no sé cómo hacerlo.

—¿Qué tal estás? —Me tiende unos bollos de chocolate y cojo uno, agradecida. Me comentó una vez que esta costumbre de pasar los malos tragos con dulces la cogió por su amiga Laia. La conocí una de las veces que vino a ver a Elen. Cuando quedan siempre es lejos de la casa, en algún restaurante o dando un paseo por la ciudad.

—No lo sé. —Observo en la pantalla a Matthew dando sus primeros pasitos y pienso con angustia en Matt y en su pregunta. De haber sido al revés, yo no hubiera querido perderme un acontecimiento como este. Sé que mi única excusa es el miedo, pero aunque siempre me ha parecido una razón de peso, ahora mis razonamientos se tambalean.

—Siento que, por más que trato de huir de la realidad, esta al final ha acabado atrapándome. Nadie puede huir eternamente.

—Cierto. —Elen lo dice con tristeza y enseguida sé por qué. Por Liam. Ella lleva huyendo de él desde hace siete años y aún no ha reunido fuerzas para ir a verlo y saber si está casado o no.

—Tú tampoco puedes retrasarlo por más tiempo. Además, últimamente tu madre no para de insistirte en que debes ir cuanto antes.

—Lo sé, pero mientras siga aquí, tengo la esperanza de que me está esperando. Cuando vaya y descubra la verdad, si está con otra..., ya no tendré nada, ni siquiera esa pequeña esperanza.

—... Pero si aún te quiere a ti, estáis perdiendo un tiempo precioso.

—Ya..., pero no hablemos de mí, hoy tú necesitas mi apoyo.

—Me siento culpable... Tal vez debería haberle dicho la verdad a Matt hace tiempo. Matthew no tiene la culpa de lo que pasó entre nosotros, no tenía derecho a privarle de su padre...

—Estabas asustada, habías vivido bajo el yugo de tu marido y sabías de lo que era capaz...

—Y también tenía miedo de que Matt volviera a darme la espalda, como hace años. —Elen asiente—. Aun así, el padre de Matt murió hace meses..., he sido un cobarde. ¿Y de qué me ha servido huir? Si lo hubiera hecho antes...

—... Ahora no te sentirías tan mal. Simplemente has retrasado el momento, nada más. Al final lo vas a tener que afrontar sí o sí.

—Hablas una vez más por ti.

—Sí, perdóname, pero esto me ha hecho pensar. ¿Sabes?, hace tiempo que dudo en si ir o no y, como bien dices, mi madre está ahora más empeñada que de costumbre en que regrese. Creo que ha llegado el momento de que vuelva.

Miro los cálidos ojos grises de Elen y veo sus dudas y sus temores en ellos. Lleva un pijama como el mío —se compró uno para ella y a mí me regaló uno igual—. Parece mucho más joven así vestida. No aparenta veinticinco años, pero los tiene, así como tres carreras y un empleo que le reporta un suculento salario. Muchas personas la ven fría, sobre todo los que trabajan a su cargo, pero ella no es así. Es la mejor persona que he conocido y para mí es como mi hermana mayor.

—Estás preparada —le digo, sabiendo que eso es lo que necesita escuchar.

—Lo echo de menos... —Sus ojos se llenan de lágrimas al pensar en Liam—. Pero dime, ¿ya has pensado cómo le vas a decir a Matthew lo de Matt?

—No, aún no.

—Es mejor que no te andes por las ramas... Matthew es muy listo y siempre le has hablado de su padre. Es raro que no haya deducido ya que era Matt. Los niños tienen un sexto sentido.

—Desde luego, no me lo ha preguntado, pero está emocionado por la visita de mañana de Matt. Creo que en el fondo lo sabe.

—Tranquila, todo saldrá bien.

Elen me da un apretón en el brazo y seguimos viendo los vídeos de Matthew.

* * *

Me despierto tras pasarme en duermevela toda la noche y voy hacia la cocina para hacerme un vaso de cacao. Son las ocho de la mañana. Elen ya está levantada, pues hay luz en su despacho. Pongo dos tazas y le llevo una.

—¿Qué tal vas? —me dice tras aceptar el vaso de leche.

—Sigo confusa. ¿Y tú?

—No he dejado de darle vueltas..., es como si ahora que me he planteado volver no pudiera dar marcha atrás... Pero antes tengo que dejar arregladas algunas cosas en el

trabajo. Por supuesto, tú continuarás siendo mi secretaria, pase lo que pase —me dice con una sonrisa—. Estoy nerviosa y asustada, y por tu cara, tú te sientes igual.

—Sí —digo tras tomar un trago de mi cacao. Me siento en el sillón que está frente a su escritorio y la observo trabajar, sumida en sus pensamientos y tocando, como hace muchas veces, el colgante en forma de sol que le regaló Liam hace años.

—¿Mamá?

Me vuelvo hacia Matthew. Está en la puerta restregándose los ojos y aún tiene en la cara las marcas de la sábana.

—¿Qué haces despierto tan temprano? —le digo tendiéndole la mano. Él viene y lo subo a mi regazo.

—No podía dormir... ¿Ha llegado ya Matt?

Miro a Elen y esta se levanta y nos mira a los dos.

—Me voy a hacer unas cosas..., estoy en mi cuarto por si me necesitas.

Asiento no muy convencida, pero sabiendo que esta conversación debemos tenerla Matthew y yo a solas.

—Matty...

—Solo me dices Matty cuando quieres algo de mí o cuando me quieres regañar... ¿He hecho algo malo? —me pregunta inocente.

—No, y no solo te lo digo en esas ocasiones... —Matthew pone cara de pensar como si no lo creyera—. Bueno, da igual..., te quería hablar de Matt y de tu papá.

—¿Mi papá? ¿Lo voy a conocer? —me pregunta ilusionado.

—Ya lo has hecho. —Siento como el corazón me late acelerado y lo miro a los ojos para tratar de ver sus emociones y no hacerle daño con mis palabras—. Es Matt... Matt es tu papá.

Matthew se queda en silencio y eso es muy raro en él. Me observa con sus grandes ojos azules y cuando abre su boca para hablar, yo temo lo que pueda decirme.

—¿Y por qué no querías que viera antes a mi papá? ¿No querías que yo tuviera un papá? ¿Matt es malo?

Sus preguntas me desbordan y trato de tragar el nudo de lágrimas que se me ha formado en la garganta.

—No, cariño, Matt es bueno. —«O al menos lo era»—. Y sé que te querrá mucho... Lo siento, Matty..., siento haberte tenido separado de tu papá tanto tiempo.

Matthew se baja de mis piernas y tras asentir se va a su cuarto.

—Matty...

—Tengo sueño, mamá.

Cuando me habla de forma tan madura es porque algo le pasa.

—Déjalo que lo asimile —me dice Elen.

—¿Que lo asimile? Solo tiene tres años... —empiezo a contestar antes de que Elen me corte.

—Es un niño muy maduro para su edad, no es como los demás.

—Lo sé, siempre ha ido un paso por delante de los compañeros de su clase... Creo que le ha afectado.

Elen entra y se sienta en el apoyabrazos de la silla. La abrazo tratando de coger fuerzas y ella me abraza a su vez dándome su cariño.

—Dios, lo he hecho todo mal. Mis excusas me parecen tan tontas ahora... Todo habría sido más fácil si hubiera tenido valor...

—No sé qué decirte, soy igual de cobarde de tú.

—No eres cobarde. No estabas preparada para ser reina cuando te fuiste y después no lo estabas para ver que lo habías perdido.

—Y tú no estabas preparada para aceptar que Matt te había fallado, y después temías que su padre os hiciera daño.

—Así es. ¿Y ahora eso qué importa? —Suspiro—. Voy a ver a Matthew.

Elen se levanta y voy al cuarto de Matthew. Cuando entro, lo encuentro sentado en su escritorio, pintando.

—Mamá, no me molestes, estoy pintando.

—Quería saber si estabas bien.

—Sí.

No dice más y eso me hace saber que le pasa algo.

—Matty...

—Quiero pintar tranquilo —me dice sin mirarme.

Una vez más se encierra en sí mismo y no sé cómo adentrarme en su coraza. Tal vez el hecho de que yo lo criara sola le ha hecho madurar antes, y me pregunto si eso es bueno. Debería ser más niño, menos responsable.

—Voy a hacer el desayuno para cuando venga Matt...

—No quiero verlo. No quiero estar con él.

—Matty...

—¡No quiero verlo! —estalla tirando las pinturas de la mesa—. ¡Déjame solo!

Levanto la persiana y cierro la puerta del cuarto dejándolo solo, rezando para que se le pase pronto el enfado.

Me ducho y me pongo ropa cómoda para esperar a Matt. A las nueve de la mañana, toco a la puerta de Matthew y veo que sigue pintando. Le he traído antes el desayuno pero, como suponía, no lo ha tocado.

—Tienes que comer algo.

—¡Déjame! —Matthew tira el desayuno al suelo y me agacho a recogerlo.

—No deberías tratar así a tu madre —dice Matt a mi espalda. No me había dado cuenta de que había llegado y sentir su presencia tan cerca me desarma. No estaba preparada para esto.

—Tú no te metas —le dice Matthew muy serio. Se ha levantado y le escruta con los ojos medio cerrados—. Vete, no te necesitamos. Yo puedo cuidar de mi mamá.

—Déjame con él, Elen me ha contado lo que ha pasado —me dice cuando me doy la vuelta.

—¡No quiero estar contigo! ¡Quiero seguir solo con mi mamá! ¡Tú no has estado conmigo en todo este tiempo!

—¡Matty, para ya! Te he dicho muchas veces que tu papá no estaba contigo porque yo aún no lo había mandado llamar...

—¡Pues yo ahora no lo quiero!

—Está asustado..., déjame con él, yo viví esta experiencia hace años.

Matt no aparta los ojos del pequeño, que ha empezado a llorar, y al mirar a mi hijo, veo que está temblando de miedo. ¿Cómo no me he dado cuenta?

—Está bien.

Salgo del cuarto con la sensación de que todo se me está yendo de las manos. Siempre he sabido entender a Matthew, pero esta vez, cuando él más lo necesitaba, no he sido capaz de abordar la situación como se merecía. Matthew está asustado por el cambio, por lo que representa tener un papá de repente. ¿Qué clase de madre soy?

MATT

Observo al pequeño y me recuerdo a mí mismo cuando mi madre me dijo quién era mi padre y que a partir de ese momento tenía que ir a veranear al palacio. Me enfadé tanto que estuve varios días sin comer.

—Hola, Matthew. ¿Lo has hecho tú? —Me arrodillo a su lado, pero él no me dice nada. Cojo el dibujo y lo miro—. Cuando era pequeño me gustaba mucho pintar, pero no se me daba muy bien. Veo que a ti, sí.

—No quiero hablar contigo.

—Es una lástima, porque yo sí tengo muchas ganas de hablar contigo. ¿Tu mamá nunca te ha hablado de mí?

Matthew me mira y asiente.

—Me leía tus cartas antes de acostarme... —Matthew va hacia el cajón de su mesita y me tiende las cartas que yo le enviaba a su madre en invierno.

Las observo con curiosidad y cierta melancolía. Se nota que están muy leídas, el papel está desgastado y roto por algunos sitios. ¿Cuántas veces se las habrá leído Becca? ¿De verdad no me iba a decir nada de Matthew? Ya no sé qué pensar. Algo no me cuadra.

—No supe hasta ayer dónde estabas..., si no, hubiera venido antes.

—Mi mamá no te había llamado. Cuando le preguntaba por ti, siempre me decía que un día vendrías... —admite.

—No sé si seré un buen padre —le digo, sintiéndome un poco tonto al reconocer algo así ante un niño, pero parece ser que mi sincerad le ha gustado, porque se ha acercado a mí.

—Yo sí soy muy buen hijo. Eso dice mi mamá.

Me río por su forma de hablar. Este niño tiene unas salidas que hacen que sonría sin poder evitarlo.

—¿Te estás riendo de mí? —me pregunta dubitativo.

—No, eso nunca.

—Mi mamá también se ríe mucho conmigo.

—¿No te gusta la idea de que yo sea tu papá?

Asiente.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

—¿Me vas a separar de mi mamá? Porque yo no quiero estar lejos de ella. Tengo que cuidarla por si se pone otra vez mala de la tripa —me explica.

Y entonces recuerdo el miedo que yo sentí cuando mi padre me separó de mi madre para que veraneara con él, un hombre que no conocía de nada y que me parecía un «gigante malo», como yo lo llamaba. ¿Me verá así Matthew?

—No, nunca haría algo así. Te lo prometo.

—Las promesas no se pueden romper, eso dice siempre mi mamá. —Y me tiende su dedo meñique para que yo le ponga el mío. Yo así lo hago, sellando mi promesa.

—Te lo prometo.

Matthew, más calmado, me suelta y va hacia la puerta.

—¡Mamá, tengo hambre! —Veo a Becca sentada en la cama con cara de preocupación. Matthew coge su mano y tira de ella—. Tengo mucha, mucha hambre.

Becca me mira con una expresión de agradecimiento en su mirada. Los sigo hasta la cocina. Elen está en ella, terminado las tostadas. Se ha cambiado de ropa y ahora va vestida con un elegante traje de chaqueta.

—Me tengo que ir a trabajar. Luego nos vemos.

—¡Tía Elen! ¿Sabes que ya tengo un papá? —Matthew me señala con el dedo sonriente—. Es muy grande, ¿verdad?

—Sí, mucho.

Elen le da un beso en la mejilla y se marcha, tras despedirse de nosotros.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres un café? —me pregunta Becca sin mirarme.

—Un café solo.

Becca empieza a prepararlo y el pequeño me dice que me siente a su lado. Siempre admiraré la capacidad de los niños de reponerse, de volver a ser los mismos. De no dar mil vueltas a un tema.

Nos sentamos a desayunar. Becca juega con la comida, no come mucho y al poco rato se levanta a ordenar la cocina, que ya está casi recogida.

Le pregunto a Matthew por sus estudios y me cuenta todo lo que hace en su colegio. Antes de venir hice algunas llamadas para cambiarlo de centro. Cuando acabamos de comer, Matthew me dice que quiere enseñarme sus juguetes. Está eufórico y su forma de ser hace que yo poco a poco me sienta más cómodo a su lado y vaya aceptando la situación. No puedo evitar sonreír en más de una ocasión. No para de hablar y de contarme cosas, pero lo dejo hacer, y me pregunta cosas de las que le contaba a Becca en mis cartas.

—Mamá me decía que te gustaba mucho cuidar de ella. Que eras su príncipe.

Me tenso al escuchar esa afirmación. Es cierto, Becca siempre me lo decía. De pequeña era muy tímida, la personalidad de su padre y su rectitud le habían hecho ser una niña asustadiza. Siempre temía hacer algo mal. Recuerdo que al principio su padre no quería que fuéramos amigos, pero al final tuvo que aceptarlo, pues yo siempre me escapaba para estar con ella. Pero como Becca temía a su padre y, por supuesto, al mío, siempre jugábamos escondidos de ellos. Ella me decía en esos momentos que era su príncipe y que siempre la rescataba de los hombres malos. Hasta que dejé de hacerlo...

—Sí, lo era..., aunque uno muy malo. No siempre pude estar cuando ella lo necesitaba, y le hice daño.

—Mamá siempre me dice que cuando hace algo que me molesta o me hace daño, no lo hace a propósito. Que ella sufre más que yo cuando lo hace. ¿A ti te pasó lo mismo?

Lo miro. ¿Cómo puede ser tan listo un niño tan pequeño?

—Sí. Cuando le hice daño, yo sufrí más que ella.

BECCA

Escucho a Matt y, de la impresión, me siento en la cama. ¿De verdad él sufrió con lo que hizo? Lo dudo..., pero no puedo negar que sus palabras parecían sinceras.

—Ella te perdonará. A mí siempre me perdona cuando le hago daño sin querer. Me perdona porque me quiere. Y a ti también te quiere. Si no, no me habríais tenido a mí.

«Matthew y sus razonamientos». Miro hacia donde están y veo a Matt removerle el pelo antes de salir del cuarto.

—Tengo que hacer unas llamadas. Ahora seguimos jugando, ¿vale?

—¡Vale!

Matt se cruza conmigo en la puerta y nos quedamos un momento observándonos en silencio. Pasara lo que pasara después, Matthew no ha podido decir una verdad más grande: cuando lo engendramos nos amábamos, y él es el fruto de ese amor.

—Voy a hacer unas llamadas.

—A la entrada está el despacho de Elen, por si lo necesitas, para estar más cómodo.

Matt asiente y se marcha.

—¡Mamá, ven a jugar conmigo!

—Claro.

Matt sale del despacho casi a la hora de comer. Matthew está en el salón viendo sus dibujos preferidos y yo, haciendo pasta para comer. No sé si Matt se quedará, pero por si acaso, he añadido un poco más.

—Me gustaría hablar contigo ahora que Matthew está entretenido.

—Entorna la puerta. Matthew es un cotilla y estará atento a lo que hablemos. Y por si no te habías fijado, luego lo cuenta todo.

—Sí, ya lo he visto. —Matt me sonrío. Es la primera vez que me sonrío a mí desde que nos volvimos a ver, pero, como si fuera capaz de leerme el pensamiento, enseguida borra su sonrisa y su semblante se torna serio—. He conseguido otro colegio para Matthew. Es mucho mejor...

—No hacía falta —le digo flojito pero enfadada—. Hasta ahora me las he arreglado bien para cuidar de él...

—Mira, Rebeca, podemos seguir dándole vueltas a esto todo el día o que aceptes de una vez que ya no estás sola en esto, te guste o no. ¿Qué prefieres?

Lo observo seria. Pese a lo grande que es la cocina, su presencia llena toda la estancia. Y sé que él tiene razón. No puedo dejarlo a un lado ahora que conoce a Matthew.

—¿Qué habías pensado? —pregunto.

—He pensado muchas cosas. Remueve el tomate, se está quemando —me dice mirando por encima de mi hombro hacia la sartén.

Me giro y le doy vueltas tras bajar el fuego.

—El colegio donde he apuntado a Matthew está cerca de donde yo vivo...

—No quiero que viva en el palacio.

—No vivo allí. Me mudé a una acogedora mansión —me dice dónde está, y pienso enseguida en Liam.

—¿Allí es donde vive el príncipe Liam?

—¿Lo conoces?

—He oído hablar de él.

—Es un buen sitio para vivir. Mi casa está cerca del pueblo y del lago que divide los dos barrios.

—Lo sé. —«Todo eso me lo ha contado Elen», pienso—. Pero está a casi dos horas de aquí, si no me equivoco.

—No lo haces. He venido esta mañana desde allí.

—Has madrugado mucho —le digo mientras escurro los espaguetis en el fregadero con un colador.

—No podía dormir.

—Me lo imagino, pero será una paliza para Matthew ir hasta allí todos los días, y yo no tengo coche.

—Quiero que os trasladéis a mi casa a vivir.

La cazuela se me resbala de la impresión y me salta agua caliente en la mano. Me aguanto un grito como puedo; no quiero preocupar a Matthew.

—¡Mierda! —dice Matt acercándose, y me coge la mano.

—Estoy bien.

—Está rojo. —Pone mi mano bajo el agua fría del grifo y me acaricia para que se me pase la quemazón, pero, pese a la quemadura, no puedo evitar ser consciente de su cercanía y de sus grandes manos acariciando la mía. Es tan intensa la sensación, que me aparto y echo a andar hacia la puerta.

—Voy al botiquín a por pomada para quemaduras.

Y salgo a paso rápido, sabiendo que mi traicionero corazón aún recuerda lo feliz que era en sus brazos.

CAPÍTULO 4



BECCA

Cuando regreso, Matt está poniendo la mesa. Me sorprende la facilidad con que lo ha encontrado todo y lo cómodo que parece. Me da rabia que él esté tan aparentemente tranquilo cuando yo siento estos nervios y esta tensión. Llego hasta él y le quito los cubiertos.

—Ya lo hago yo.

—¿Temes que te quite tu puesto? —dice con media sonrisa. Lo observo sin decir nada y en el fondo sé que sí. ¿Por qué me pregunta eso ahora?—. No pienso ocupar tu sitio, Rebeca. Solo quiero el mío, el que me corresponde.

Aunque noto una leve rabia en su voz, su gesto indica otra cosa.

—Lo entiendo, pero esta es la vida de Matty; tú tienes que adaptarte a ella, no él a la tuya.

—Mira, Rebeca, podemos pasarnos horas discutiendo sobre este asunto o bien que aceptes que no pienso ceder. Yo trato de ponerme en tu lugar; en cambio, no puedo decir que tú te pongas en el mío, pues hasta ahora ni siquiera lo has intentado.

Agacho la mirada sabiendo que tiene razón, pero me está acorralando. Tenía mis motivos. Es posible que él no los entienda, o que hiciera mal, pero eran mis motivos y hasta ahora creía que eran de peso.

—¡Mamá, me muero de hambre! —Matthew aparece por la puerta con el ceño fruncido.

—Eres un exagerado. Has comido galletas hace poco.

—De verdad... —Se lleva la mano a la tripa y va hacia su sitio para sentarse—. ¿Qué hay de comer? —pregunta mirando con una sonrisa a Matt.

—Espaguetis.

—¿Qué he hecho mal? —me pregunta serio.

—¿Por qué te ha dado hoy con eso?

—Siempre me haces pasta cuando he hecho algo mal... y luego, mientras comemos, me echas un sermón de los tuyos. Es una plasta —le dice a Matt, que trata de aguantarse la sonrisa.

—Debes hacer caso a tu madre —comenta poniéndose la mano en la boca y dándose la vuelta.

—No has hecho nada malo.

—Bien. —Coge sus cubiertos especiales para niños y me mira sonriente—. Tengo hambre. ¿Comemos?

—Sí, pesado.

Voy a por la comida. Matt ya la está preparando, incluso le ha añadido el tomate a la pasta mientras yo me curaba la mano.

Matthew y Matt se preguntan cosas mientras yo como en silencio. Sigo dándole vueltas a lo que ha dicho Matt y eso acaba por quitarme el apetito, de modo que me levanto y guardo mi comida para más tarde.

—¿Te vas a poner mala, mamá?

Miro a Matty. Tiene cara preocupada.

—No, Matty, no me voy a poner mala.

Siento que Matt me observa intentando averiguar qué me sucede, pero esquivo su mirada.

—Mamá estuvo muchos días con dolores de tripa y cuando me puse malito, ella cayó enferma y la llevaron al lugar horrible.

—El hospital —adivina Matt.

—No me dejaban verla...

—Matty, ya vale, come en silencio, si es que puedes. —Él nota la seriedad en mi voz y come sin decir nada.

Cuando Matthew termina de comer, lo llevo a la salita y le pongo sus dibujos preferidos; no tardará mucho en dormirse una siesta. Al regresar a la cocina, encuentro a Matt recogiendo todo y se lo quito de las manos, molesta.

—Déjame a mí.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Como si no lo supieras. —Trato de deshacer el nudo de nervios que tengo en el estómago y noto como este se resiente. Demasiadas emociones en tan poco tiempo—. Ahora vengo.

Sin esperar a que Matt me responda, voy a por mis pastillas para la úlcera. Cuando las saco del bolso, siento a Matt detrás de mí, que me las quita y las lee.

—¡Dame eso! No tienes derecho a meterte en mi vida.

—Tienes úlcera de estómago. ¿Fue eso lo que te pasó cuando te ingresaron?

Le quito las pastillas de un manotazo.

—No te importa.

Matt abre la boca para decir algo, pero luego niega con la cabeza y vuelve a la cocina. Voy tras él y me tomo una de las pastillas con un poco de agua.

—¿Qué le pasó a Matt?

—Nada grave, pero me asusté mucho... y eso fue el detonante.

—Lo siento.

Su lástima suena sincera y hace que me sienta peor. Me hace sentir débil.

—Puedo cuidar de Matty yo sola.

—Eso no lo pongo en duda.

Matt me observa con sus penetrantes ojos azules y, efectivamente, no veo duda en ellos. Suspiro resignada. Esta situación no es fácil para ninguno de los dos, pero no sé cómo actuar. No sé qué paso dar ahora. Me siento perdida, aunque no tanto como cuando me quedé embarazada de Matty y sin nadie que me ayudara. Pensar en que a pesar de todo salí adelante me da fuerzas..., pero también me recuerda quién tuvo la culpa de que me viera sola y huyendo de un hombre despreciable.

—No voy a permitir que manejes nuestras vidas a tu antojo —le digo con dureza para dejarle claro que pienso luchar con uñas y dientes por el bien de mi hijo.

—¿Volvemos a lo mismo? Te vuelvo a decir por qué hago esto, tú me dices por qué no quieres que cambie todo, y seguimos sin aclarar nada. ¿Es eso lo que quieres?

Niego con la cabeza y me pongo a recoger la mesa, deseosa de tener la mente ocupada en algo. Matt no dice nada, solo me ayuda en silencio y lo agradezco, pues lo que ahora necesito es aclarar mis ideas sin que nadie me indique cuál es el camino a seguir, aunque en el fondo sé que la culpa y, sobre todo, la duda de no haber hecho lo correcto hace años me harán decidirme.

MATT

Ayudo a Becca a meter los platos en el fregadero, dándole tiempo para asimilar todo esto y dándome tiempo a mí también para no perder los nervios. Por su expresión sé que esto la agobia y no quiero causarle más daño del necesario, y menos después de saber que tuvo una úlcera; no quiero que se le vuelva a reproducir. Quiero que se tome su tiempo para aceptar, y no para debatir, la idea de que se vengán a vivir conmigo. No pienso ceder ante algo así. Por más vueltas que le doy, esa es la única solución que le veo.

—¿Quieres café? —me pregunta tras recoger la cocina y salir a arrojar a Matthew, que se ha quedado dormido en el sofá.

—Sí, solo.

Asiente, pone una cápsula en la cafetera y, cuando está caliente, le da al botón. Becca observa como cae el café en la taza, como si eso le fuese a ayudar a tomar una decisión.

—¿Lo has asimilado ya? —le pregunto cuando se sienta tras tenderme el café.

—No.

—¿Por qué?

—Te entiendo, Matt, de verdad..., pero esto me sobrepasa —admite entre dientes, demostrando que esto le cuesta tanto como a mí.

—¿Cuál es el problema?

—Para empezar, no sé si sería bueno que Matthew cambiase tan de repente de estilo de vida.

—Yo debo hacer lo mismo. Tú tuviste nueve meses para hacerte a la idea de que serías madre. Yo me enteré ayer.

—Y tampoco quiero irme de aquí y dejar sola a Elen. Estuvo conmigo cuando di a luz y luego nos acogió a Matty y a mí en su casa. Gracias a ella, a Matthew no le ha faltado nunca de nada. ¿Cómo voy a dejarla sola sin más? No es justo, ella estuvo a mi lado cuando nadie lo estaba.

Recibo sus palabras como un dardo cargado de veneno que me lanzara con la intención de lastimarme, y lo consigue, aunque enseguida me recuerdo que no estuve porque ella así lo decidió. Pese a eso, no puedo evitar estarle agradecido a Elen.

—Cuéntame más cosas de Matthew —le digo, con la esperanza de que esto nos calme un poco a ambos, y también para saber más de mi hijo.

—Antes de nada..., ayer te mentí. —La observo intrigado—. Podría estar discutiendo días contigo, como bien has dicho antes; tú no cederías, yo tampoco... Al final el que sufriría sería Matthew y ahora debemos pensar en lo mejor para él, anteponiéndolo a nuestros deseos. Él está por encima de los dos.

Asiento y me relajo un poco. Quizás podamos resolver esto como adultos después de todo. No me apetecía tener que llegar a trámites legales con ella. Estaba dispuesto a ello si no me dejaba otra opción.

—Estoy de acuerdo. Y ahora dime en qué me mentiste.

Me tomo un sorbo del café y miro a Becca. Sus ojos marrones muestran cansancio y signos de no haber dormido bien; desconozco si ella ve los mismos signos en los míos.

—Yo sí pensaba hablarte de Matty. Tal vez no cuando tu padre vivía, pero sí después —reconoce—. Tenía mucho miedo de que él se enterara de su existencia. Si había sido capaz de casarse conmigo solo para hacerte daño a ti... no podía ni imaginar lo que habría hecho de saber que tenía un hijo tuyo.

Trago el nudo que se me ha formado en la garganta tras la confesión de Becca, pues mi padre era muy capaz de haber usado a Matthew para hacerme daño. Por primera vez

veo más allá de mi enfado y dejo de ver a la Becca madura que tengo ante mí para ver a una niña asustada, embarazada y sola. La imagen es devastadora para mí, pues me hace sentir más miserable aún por no haber leído su carta... Pero ¿por qué no se puso en contacto conmigo cuando le metieron en prisión? Hace mucho que encerraron a mi padre, ha tenido tiempo de sobra desde entonces. Eso vuelve a reavivar la ira en mi interior, pero trato de ocultarla. No es bueno para Matthew que nos gritemos. Yo sé mejor que nadie lo que es que tus padres se griten y se pierdan el respeto. Odiaba estar en medio cuando era niño... y no quiero eso para Matthew. Solo por eso me muerdo la lengua, para que Becca no vea lo que bulle en mi interior.

—¿Y después? —le digo, haciendo un gran esfuerzo por no dejarme arrastrar por ese remolino de emociones.

—Después, cuando tu padre murió, no sabía cómo decírtelo. No encontraba las palabras para contarte algo así...

—¡Aun así, deberías habérmelo dicho! —La corto incapaz de escuchar más excusas sin sentido para mí—. Yo era el primer interesado en que mi padre no se enterara de su existencia.

—No lo niego, pero ya no podemos hacer nada para cambiar el pasado, ¿no? —me dice desafiante—. Solo te puedo decir que lo siento.

Asiento.

Becca me mira un segundo y luego se queda observando como remuevo mi café tras ponerle el azúcar.

—¿Cómo conociste a Elen? —pregunto para cambiar de tema.

—Yo salía de trabajar el día que me puse de parto. Por aquel entonces yo trabajaba en un restaurante de comida rápida. Según el ginecólogo todavía me quedaba una semana..., pero se adelantó. Al verme caer de rodillas al suelo, Elen, que pasaba por allí, no dudó en venir a socorrerme y, cuando le dije lo que me ocurría, me llevó en su coche al hospital. No fue un parto fácil, pero ella no se separó de mi lado: estuvo conmigo todo el tiempo, cogiéndome de la mano y dándome fuerzas. Y después, cuando me dieron de alta en el hospital, nos dijo que nos trasladáramos a su casa. Intenté negarme por todos los medios, pero es muy cabezota. —Becca sonrío con cariño—. Así que nos vinimos a vivir con ella. Aunque Elen quería correr con todos los gastos, yo insistí en no ser una mantenida, así que acabó contratándome como su secretaria, para que pudiera estar con Matthew el mayor tiempo posible y retomar mis estudios. Hasta que conocí a Elen, no pensaba que hubiera personas así. Nunca podré pagarle todo lo que ha hecho por nosotros.

—Matthew la quiere mucho, ¿verdad?

—Sí. Es como una tía para él. Le resultaría muy duro no tenerla cerca.

—Me lo imagino.

Nos quedamos en silencio, cada uno pensando en nuestras cosas. Puedo entender que no contactara conmigo por miedo cuando mi padre estaba vivo, pero que no me dijera

nada cuando él murió... Eso no me cabe en la cabeza y hoy por hoy no se lo puedo perdonar. Si pudiera, le diría a la cara lo egoísta que me parece su actitud y no querría volver a saber de ella..., pero está Matthew, y por él me trago mi orgullo, mi rabia y mi malestar.

—Antes me has dicho que no quisiste decirme nada de Matthew porque mi padre podía hacerle daño. —Becca asiente—. ¿Y luego? Va a hacer dos años que le arrestaron, en la cárcel no podía hacerle daño, y mucho menos cuando murió.

Becca me escruta seria y por primera vez se da cuenta de que no estoy tan calmado como quiero aparentar.

—Está claro que mis motivos no son suficientes para ti. —Se levanta y me quita la taza de las manos—. Es mejor que te vayas. Esto de tratar de ser educados cuando en realidad quisiéramos gritarnos y echarnos en cara tantas cosas me está empezando a incomodar —dice alzando cada vez más la voz en cada palabra. Nuestras fachadas de cordialidad han desaparecido.

—Mamá... —Matthew entra en la cocina, ajeno a lo que está sucediendo, y va hacia Becca con las mejillas sonrosadas—. He tenido una pesadilla.

Ella se agacha y lo abraza. Siento envidia de ese gesto, de no poder ser yo también el que le calme, de no haber estado con él cuando tuvo su primera pesadilla... y todo por culpa de Becca..., de acuerdo, tal vez un poco mía también..., pero nuestros errores no deben pagarlos nuestros hijos. Eso es algo que llevo tratando de inculcarme toda la vida. Siempre he tenido que demostrar que no soy como mi padre y aún hoy hay gente que, tras sufrir sus desmanes, teme que yo sea como él.

Matthew no tenía la culpa de que un día fuéramos demasiado jóvenes para saber lo que hacíamos y él fuera el resultado. Su destino era nacer; el nuestro, cuidarlo.

—Todo ha pasado.

—¿Me lees un cuento? —Matthew mira a su madre con ojos implorantes y esta le sonrío y junta su nariz con la del pequeño, haciendo que este se ría.

—Está bien, bribón. Ve a elegirlo y dile adiós a Matt, que ya se va.

Aprieto la mandíbula enfadado porque decida por mí y me despido de Matthew.

—Adiós, Matt. ¿Cuándo volverás?

Me quedo mirándolo, como si esperara algo, y enseguida sé lo que es: que me dijera papá. Pero para él no soy nadie. «Por culpa de Becca», me repito una vez más.

—Mañana.

—Vale. Hasta mañana.

Matthew se va corriendo y Becca me mira desafiante.

—No piensas dejarlo estar...

—No. Te doy un día para que aceptes el traslado. Si no, iré por lo legal.

Becca se queda petrificada y yo enseguida me arrepiento de mi dureza, pero mi paciencia ha llegado al límite. Me ha arrebatado demasiados momentos con Matthew.

—No perderé un solo día más de la vida de mi hijo. Tú lo has tenido casi cuatro años para ti sola. Lo justo sería que yo hiciera lo mismo, pero no seré como tú. Yo entiendo que un hijo debe estar con sus padres. Buenas tardes.

Y tras coger mi chaqueta, me marché sin volver la vista atrás, para no ver los ojos marrones de Becca llenos de lágrimas que no derramará para no preocupar a Matthew. No puedo evitar esta rabia que siento hacia ella. He intentado ser comprensivo, entender sus razones..., pero nada de eso me devolverá el tiempo perdido. Me da miedo pensar que he llegado tarde para que Matthew me vea como a un padre.

BECCA

Me levanto temprano para salir a correr. Acaba de amanecer y Matthew aún tardará varias horas en despertarse, o al menos eso espero. Anoche se durmió tarde, emocionado con lo de su padre, y no paró de preguntarme cosas sobre Matt. Le pregunté si le gustaría vivir con su papá y me dijo que sería estupendo que viviéramos los cuatro juntos, dando por supuesto que Elen se vendría también. Ella estaba en la puerta escuchando y la miré en ese momento. Está muy rara desde ayer. Sé que está preocupada por sus cosas y seguramente está pensando que ahora la dejaremos sola. Elen quiere mucho a Matthew, lo ha visto crecer..., tampoco es justo apartarlo ahora de su vida... ¡Maldita sea, no sé qué hacer!

Sigo corriendo pese a que voy casi al límite de mi capacidad y acelero aún más cuando siento que lágrimas que hasta ahora he reprimido desbordan mis ojos. Corro lo más rápido que puedo, dejando que el viento me las arranque de las mejillas. Me siento perdida, igual que cuando me vi en estado y tuve que huir, primero para que mi marido no lo supiera, y segundo, para no avergonzar a mi querido y conservador padre. Él no hubiera encajado que tuviera un hijo fuera del matrimonio. Siempre se ha jactado de educarme como a una señorita y para él hubiera sido un golpe muy duro descubrir que su hija de quince años se había entregado al hijo de su jefe. El miedo a defraudarlo me hizo callar y mentirle. Después fue cuando me di cuenta de que tenía razón en todo... ¿Cuántas cosas más he hecho mal? Desde que Matty nació y me hice cargo de él me he creído fuerte, pero sé que en mi interior sigo siendo esa niña inocente y perdida que no sabía qué camino tomar... Y ahora me siento más perdida que nunca.

Me detengo cuando ya no puedo más y me siento en un banco para reponerme. Mientras recupero el aliento, miro a mi alrededor y maldigo para mis adentros cuando veo lo lejos que estoy de casa. Me levanto pese al cansancio y echo a andar. El camino de vuelta se me hace interminable. Estoy sedienta, me falta el aire y me tiemblan las piernas por el ejercicio físico. Por suerte, el cansancio no me deja pensar en lo que se me viene encima, y eso hace que la carrera haya merecido la pena.

Sin embargo, cuando llego y veo el coche de Matt aparcado frente a la puerta del adosado, el malestar por su presencia retorna a mí. Subo las escaleras y abro la puerta esperando que Matty no se haya levantado, pero mis deseos son en vano, pues está en el sofá desayunando con Matt.

—Hola, mamá. ¿Dónde has ido?

Veo a los dos juntos, mirándome, y abro la boca para contestar, pero se me nubla la vista y se me va la cabeza. ¡Mierda, debería haber comido algo antes de irme a correr!

Me apoyo en la silla de la entrada y noto que Elen viene rápidamente hacia mí, seguida de Matt y Matty.

—¡Mamá! —dice Matty llorando.

—Esto... estoy bien...

—Siéntate. —Matt me coge y me ayuda a sentarme—. Pon la cabeza entre las piernas.

Lo hago. Elen me trae agua con azúcar y me la bebo. No tardo en volver a sentirme bien, los sudores fríos remiten, pero todos siguen observándome preocupados.

—Me fui a correr... —explico.

—En ayunas —adivina Elen. Yo asiento—. ¡Eres una irresponsable! —me grita. A mí no me sorprende su genio, pero por la cara de Matt, a él sí.

—No lo haré más.

—¡Claro que no lo harás! Yo me encargaré. —Y se va a la cocina.

—Tía Elen regaña a mamá cuando hace el tonto —apunta Matthew a Matt—, y eso es muchas veces. Dice que mamá no sabe cuidar de ella misma...

—¡Matty!

—Vaaaale, ya paro. —Matthew hace el gesto de cerrar el pico y pone su mano en mi cara—. ¿Estás bien?

—Sí. No ha sido nada.

Matthew asiente y me sonrío.

—Te vas a tomar todo esto ahora mismo y no puedes dejar nada. —Observo la bandeja que acaba de traer Elen: galletas, un par de magdalenas, un tazón de cereales, un zumo de naranja y un vaso de leche.

—No tengo hambre...

—Pues no me pienso mover de aquí hasta que te lo comas —me dice con determinación, cruzándose de brazos.

—¡Ni yo! —comenta Matty imitándola y sentándose a mi lado.

—Voy a por su desayuno —dice Matt serio.

Cuando termino de desayunar, me voy a darme una ducha rápida y cambiarme de ropa. Al salir del baño, sigo cansada y tensa, pero no puedo retrasar más mi conversación con Matt.

Ayer por la noche hablé con Elen. Me dijo que todo sería peor si la ley se hacía cargo de esto. Y que tratara de entender a Matt. Y sí, lo hago, me pongo en su lugar, pero eso no evita que esto me sobrepase.

Elen también me contó que había decidido volver y que si Liam no la está esperando, como teme, se irá a vivir de nuevo con sus padres, que la echan mucho de menos. Así que no me queda más remedio que liarme la manta a la cabeza y, por el bien de Matthew, hacer lo que dice Matt... pero bajo mis condiciones.

—¿Podemos hablar? —le digo a Matt, que está sentado en el suelo del cuarto de Matthew viendo como el pequeño juega con sus coches.

—Claro. —Se levanta y, tras revolverle el pelo a Matt, sale de su cuarto cerrando la puerta tras él y mirándome con sus penetrantes ojos azules.

Ya no hay marcha atrás. Mi vida, una vez más, está a punto de cambiar para siempre.

CAPÍTULO 5



MATT

Observo a Becca. Tiene mejor cara que cuando entró a la casa, pero aún sigue teniendo signos de cansancio y preocupación en el rostro.

—No voy a alargar más lo inevitable. Iremos contigo... pero bajo unas condiciones.

—No esperaba menos —comento sorprendido y aliviado por no tener que llevar esto ante los tribunales.

—Yo sigo decidiendo lo que es y lo que no es mejor para Matthew...

—Ahora yo también decido...

—Sí, en los temas importantes decidimos los dos. Si le pongo un castigo a Matty, no quiero que se lo levantes. Y tampoco quiero que las normas que ha tenido hasta ahora las cambies, ni que me reemplaces...

—No voy a reemplazarte —le repito—. Pero es inevitable que las normas cambien.

—No tienen por qué cambiar —me dice con los dientes apretados.

—Es preferible que vayamos debatiendo estas condiciones tuyas sobre la marcha. Aun así, la de que no contradiga tus castigos la veo bien. Espero lo mismo por tu parte.

Becca asiente de mala gana y pregunta:

—¿Cuándo nos vamos?

—Ya. Matty empezará mañana en su nuevo colegio y es mejor que se vaya adaptando a su nueva casa.

Becca traga con fuerza. No le gusta todo esto, lo puedo notar.

—Entonces no alarguemos más esto... pero, antes de nada —la observo intrigado—, no quiero que te metas en mi vida. Puedes interferir en la vida de Matty porque te corresponde por derecho y me haré a la idea, pero lo que yo haga o deje de hacer es cosa mía... Así como con quién salga y con quién no.

Cuando comenta esto último me tensó, pero asiento.

—Espero lo mismo por tu parte. Mi vida privada es mía.

—No me importa en absoluto lo que hagas en tu vida privada.

—Bien, me alegro de haber dejado claro ese punto.

—Sí, yo también. Y ahora, tengo que hablar con Matty.

—Ya lo sabe. Lo ha aceptado, y mejor que tú, por cierto.

—Se lo comenté anoche, no tenías por qué habérselo dicho tú.

—Matthew me ha preguntado y no he querido mentirle.

—Pues más te vale que no hables nada delante de él que no quieras que nadie sepa. Es muy curioso y no se calla nada.

—Gracias, pero ya lo he notado. Poco a poco iré conociéndolo mejor.

Becca asiente y abre la puerta de la habitación donde está Matty, se sienta a su lado y le explica que hay que hacer la maleta para irse a mi casa a vivir. Ayer mandé a mis empleados preparar dos habitaciones y una sala de juegos en mi casa. Están trabajando a destajo para que esté todo perfecto y puedan vivir allí cómodamente. Algunos ya saben que vendrán a vivir mi hijo y su madre, y poco a poco lo iré sabiendo todo el mundo. Anoche llamé a mi madre. Se quedó impactada con la noticia, pero le hizo feliz saber de la existencia de Matty. Me ha costado convencerla para que no viniera esta misma mañana conmigo a conocerle.

Observo como Matthew y Becca preparan la maleta y me adentro en el cuarto.

—Yo ayudo a Matthew, ve haciendo la tuya. Mañana vendremos a por más cosas.

—Eso, mamá, vete, esto es cosa de hombres —comenta sonriente Matty.

Becca se va con mala cara y Elen entra a ayudarla con su maleta. En pocos minutos, ambos tienen preparado su equipaje con lo imprescindible.

—¿Qué vas a hacer con tus estudios? —le pregunta Elen cuando salimos de la casa con las maletas—. Te quedan solo unos meses para acabarlos, no puedes dejarlos a medias.

—Ya solucionaremos eso —le comento.

—Claro, el dinero lo arregla todo. Se me olvidaba —ironiza Becca metiendo las cosas en el maletero de mi coche.

—Claro —le contesto.

—Pronto estaré con vosotros —le dice Elen abrazando a Becca y dando luego un gran abrazo a Matthew, que ha empezado a poner pucheros por tener que despedirse de ella. Aparto la vista, pues no puedo evitar sentirme un poco mal por originar todo esto; no quiero hacer sufrir.

—Vamos, Matthew.

Después de darle un beso a Elen, Becca lo sienta en la silla de coche infantil que compré ayer para él, le abrocha los cinturones y le echa una mantita por los pies. Tras comprobar que está bien, da la vuelta al coche y se sienta a su lado. Había dado por supuesto que se pondría delante conmigo, la verdad. «Mejor así», pienso molesto por las tontas ganas que sentía de que lo hiciera.

—Gracias por todo, Elen —le comento tendiéndole la mano.

—De nada. Ahora te toca a ti cuidar de ellos, y más te vale hacerlo bien —me dice, dándome un firme apretón de manos.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—No lo dudo. Hasta pronto.

Pongo el motor en marcha e inicio el viaje, sintiéndome más tenso que nunca. Ahora no solo soy yo quien me juego la vida conduciendo; una equivocación al volante puede poner en riesgo la vida de mi hijo. Estoy tan agarrotado que cuando llegamos a una zona de servicio, paro y me bajo del coche para dar un pequeño paseo y tranquilizarme. Nunca pensé que algo tan sencillo me alterara tanto. Me saqué el carné con dieciocho años, es decir, llevo casi cinco años conduciendo, pero hasta ahora no he llevado en mi coche a nadie que me importara tanto... Es increíble cómo pasas de no conocer a alguien, a amarlo porque es parte de ti. Una pequeña parte de tu ser que vive gracias a ti.

Cuando vuelvo al coche, Becca no comenta nada. Ignoro si se ha percatado de mi malestar o no. Matthew está medio dormido en el asiento y él sí es ajeno a todo.

Conduzco con tanto cuidado que tardo más de lo habitual en llegar a mi casa —creo que, aunque siempre he respetado las normas de circulación, esta es la primera vez que soy consciente de ellas—. Cuando enfilo mi calle, me embarga la duda de si a Matty le gustará su nuevo hogar, aunque enseguida me digo que sí. Matthew es muy pequeño todavía para poner pegas y Becca simplemente se dejará llevar por los acontecimientos. ¿Estaré siendo un egoísta? La he observado por el retrovisor y la he visto mirar las mansiones con indiferencia. En cierta forma es normal. Pasó toda su infancia en un castillo, esto para ella no es una novedad, aunque sí lo será no vivir en las habitaciones del servicio.

Doy al mando para abrir la verja antigua y negra de la casa. Una preciosa mansión de color blanco de hace más de dos siglos, remodelada y adaptada a las nuevas tecnologías, nos da la bienvenida.

—Mamá..., ¿es aquí donde vamos a vivir ahora?

—Eso parece —contesta Becca sin ningún tipo de emoción. No esperaba menos.

Apago el motor y les ayudo a bajar del coche. Cuando entramos, el servicio la recibe con cariño y se presentan. Becca solo asiente y coge con fuerza la mano de Matthew, quien, abrumado por todo esto, no se separa de su madre.

—Ya era hora de que llegarais. —Escucho la voz de mi madre. Era raro que no hubiera venido.

Enseguida llega a nuestro lado y con todo descaro observa a Becca de arriba abajo, para después mirar al niño, que se ha pegado aún más a su madre. No sabía que fuera vergonzoso. «¿Y cómo ibas a saberlo?», me digo molesto.

—Eres igualito que tu padre —comenta mi madre agachándose y tratando de acariciar al pequeño. Este la observa serio hasta que Becca le da un pequeño empujón para

que no sea descortés.

—¿Por qué me mira así esta mujer? —dice enfadado—. ¿Y quién es toda esta gente? ¿Dónde está Elen?

Mi madre se queda mirando al pequeño mientras Becca se acuclilla a su lado para coger su carita entre sus manos.

—Matty...

—¿Qué he hecho mal ahora?

—¡No has hecho nada malo! —le dice irritada Becca más alto de lo necesario, lo cual me indica que esto también está siendo duro para ella.

—Esta es tu nueva casa —le digo bajito agachándome. El pequeño me observa—. ¿Tu madre no te dijo que yo era un rey?

Él asiente.

—¿Y tu caballo blanco? Ella me dijo que, cuando erais pequeños, siempre te hacía rescatarla con un caballo blanco... ¿Dónde está?

Echo una mirada de reojo a Becca, que se ha sonrojado. El caballo blanco era inventado, pero ella siempre insistía en esa parte.

—No está.

—¿Como cuando el señor malo la capturó y tú no fuiste a ayudarla? —me pregunta inocente Matthew, aunque en su inocencia se esconde una gran verdad. ¿Qué le habrá contado Becca exactamente?

—Matty, ¿qué te he dicho de no contarle a nadie lo que tú y yo hablamos?

—¿Ves como me dices Matty para regañarme? —le responde molesto el niño.

—¿Qué te he dicho? —insiste Becca.

—Que no lo cuente... Pero él es de confianza, ¿no? Como Elen... —Becca lo sigue mirando seria—. Anoche me dijiste que podía confiar en Matt. Me estás liando, mamá. ¿Puedo confiar en él o no?

—Sí, pero no contarle todo...

—¡No entiendo nada! —estalla Matthew frunciendo el ceño—. ¿Confío o no confío en él?

—Sí, bueno... ¡Oh, déjalo! Es imposible que cierres tu boca.

—Mi boca no es grande —comenta Matthew tocándosela, y mi madre, sin poder aguantar más, estalla en carcajadas—. ¿Por qué se ríe esta señora?

Eso hace que mi madre se ría aún más y Becca niegue con la cabeza y me mire, no sé si para pedirme ayuda o para ver si me estoy riendo. Lo haría de no sentirme molesto.

—Será mejor que os enseñe vuestros cuartos —comento.

—Sí, es lo mejor.

Becca se incorpora y mira a mi madre, que la observa en silencio.

—Me alegra mucho volver a verla. —Le tiende la mano a mi madre, pero esta se acerca a ella y la abraza.

—Pequeña, cuánto habrás sufrido —susurra en su oído.

Los ojos de Becca se llenan de lágrimas, que trata de retener, y nuevamente me siento mal, e impotente. Mal por no haberla rescatado de las garras de mi padre, pero también porque podía haberla ayudado a cuidar de Matthew, y no tuve oportunidad.

—Estoy bien —comenta Becca tomando aire y escondiendo sus lágrimas tras una mirada seria y distante—. Matthew es muy bueno...

—No siempre dices eso.

—Matty...

—Otra vez —comenta el pequeño enfurruñándose.

—Eres imposible. —Matthew sonrío de oreja a oreja e intuyo que no es la primera vez que se lo dice—. Matthew, ella es tu abuela y tienes que quererla mucho, ¿vale?

Matthew la mira intrigado y mi madre se agacha de nuevo para ponerse a su altura y que él la estudie a conciencia. Hoy lleva el pelo rubio suelto sobre los hombros. Le hace parecer muy joven, y en verdad lo es. A sus treinta y nueve años, mi madre es una mujer muy hermosa y sofisticada; nadie diría que tiene un hijo de casi veintitrés y un nieto de casi cuatro años. Ella me tuvo a mí a la misma edad que Becca tuvo a Matthew, ya que el desgraciado de mi padre abusó de su poder para estar con ella, sin importarle que ella no quisiera. Solo se interesó por ella y por mí cuando aceptó que yo sería su único heredero y me reclamó para educarme como a un príncipe para que algún día le remplazara en el trono. Es mejor no recordar el pasado.

—¿Eres la mamá de Matt?

—Sí, soy la mamá de tu papá.

—Yo soy Matthew —le comenta tendiéndole su manita—. Encantado de conocerla, señora.

Becca niega con la cabeza por la salida de su hijo y la escucho murmurar:

—Eres imposible.

—¿Quieres ver tu cuarto? —le pregunta mi madre.

El niño mira a Becca, como pidiéndole permiso antes de aceptar la mano que le tiende mi madre, y esta asiente.

—¿Tiene juguetes?

—¡Claro! Montones de ellos.

Matthew no necesita más para irse con su abuela y olvidar su vergüenza del principio.

—Señor, ¿cuándo servimos la comida?

—A las dos estará bien —le respondo a la encargada del servicio.

—Como guste.

Se despide y me giro hacia Becca:

—Vamos. Mi madre será peor que yo, no dudará en malcriar a Matthew.

Becca asiente y me sigue por las escaleras a la planta de arriba. Cuando nos vamos acercando a la habitación de Matthew, lo escuchamos relatar emocionado todo lo que tiene.

—¿Qué le has comprado? —me pregunta Becca preocupada y sin más sale corriendo hacia el cuarto—. ¡Dios mío! ¿Te has vuelto loco? —me pregunta enfadada desde la puerta.

Yo llego junto a ella y observo el cuarto de juegos, que está pegado al dormitorio de Matthew. Ayer no sabía qué comprarle, no conozco sus gustos; pero ahora, al ver la cantidad de juguetes y consolas, pienso que quizás, solo quizás, me pasé un poco. Pero ¿qué esperaba?

—¡Matty, no puedes jugar con todo esto! —le regaña entrando en la habitación.

—Déjalo —comenta mi madre risueña. Sus ojos azules, como los míos, brillan con intensidad.

Matthew coge un juguete después de otro, sin valorar ninguno, y eso me hace darme cuenta de mi error. Becca, por su parte, ha empezado a llevarse juguetes a otro cuarto sin que Matthew se dé cuenta, y yo hago lo mismo.

—¿No había antes más juguetes? —pregunta Matthew cuando regreso a por más.

—Hay suficientes, Matty —le dice su madre seria—. Y ahora, vamos a tu cuarto a cambiarte de ropa.

—¡No quiero! Quiero jugar... —Matthew se enfurruña otra vez y Becca va a cogerlo, pero él empieza a correr por el cuarto huyendo de ella. Cuando pasa por mi lado lo cojo, pero empieza a paletear y a pegarme—. ¡Déjame, quiero jugar!

Lo levanto en el aire sin hacerle daño y lo llevo a su cuarto, donde mis empleados ya han dejado su pequeña maleta.

—Tienes que cambiarte de ropa, campeón.

—¡Que me dejes! Tú no me mandas.

—¡Matty! —le dice Becca enfadada—. Es tu padre y a partir de ahora, tienes que obedecerle a él tanto como a mí. ¿Entendido? Ni se te ocurra volver a decirle eso. O te portas bien, o cojo todos tus juguetes nuevos y se los doy a los niños necesitados. Tú eliges.

—¡No es justo!

—Elige.

Matthew se queda quieto en mis brazos y Becca me dice que lo deje en la cama. El pequeño al final se deja hacer y no dice nada cuando Becca le lava la cara y las manos, pero sus ojos no dejan de mirar de reojo el cuarto de juegos.

—Ahora vengo —comento saliendo de la habitación. Cuando llego al cuarto de los juguetes, mi madre está recogiendo algunas cosas—. No sabía...

—Matt, no te atormentes. Vamos a recoger esto y a dejarle unos cuantos. Los otros se los iremos sacando poco a poco.

—Solo quería que se sintiera a gusto...

—Tú mejor que nadie deberías saber que puedes tenerlo todo, pero si tu padre no te da cariño, no tienes nada. Tú tuviste todos los juguetes que deseaste y ¿de qué te sirvió, si él nunca te dio lo que más ansiabas? —Aparto la mirada, molesto por esa verdad, y ella posa su mano en mi hombro—. Lo harás bien. Estoy segura.

Recuerdo que al principio de conocer a mi padre quise su cariño, pero no tardé en despreciarlo, y más al conocer la verdad de mi nacimiento. Sin embargo, eso no cambia el hecho de que con la edad de Matty buscara un cariño que no se compraba con juguetes caros.

—Estoy perdido. —Me paso la mano por el pelo. Hoy se me olvidó echarme gomina y lo llevo algo más revuelto que de costumbre.

—Lo sé. —Mi madre me da un beso en la mejilla—. Venga, ayúdame a recoger.

Asiento y comienzo a guardar juguetes, preguntándome si algún día llegaré a saber qué necesita Matthew, si un día conseguiré que me quiera. Si lo hubiera conocido desde hace tiempo... Una vez más la rabia se apodera de mí y la reprimo... o lo intento.

CAPÍTULO 6



BECCA

Dejo el libro en el sofá y miro la hora que es. Son casi las cinco de la tarde. Después de comer acosté a Matthew para que se echase su siesta. Le costó mucho dormirse, pues tras descubrir que sus juguetes habían menguado, se puso a llorar y no paró hasta que le venció el sueño.

Matt estuvo a nuestro lado. No dijo nada, pero pude ver en sus ojos la impotencia y la culpa por ser el causante de las lágrimas del niño. Sé lo que siente. Muchas veces he hecho daño a Matthew sin querer y sus lágrimas se me han clavado como puñales. Y cuando por fin se durmió, Matt se fue antes de que pudiera decirle nada. No hemos hablado desde que llegamos aquí. Y, por desgracia, sé que este será el pan de cada día: ignorarnos. Solo dirigimos la palabra en lo referente a nuestro hijo en común. ¿Qué clase de vida nos espera?

Me levanto y me acerco al cuarto de Matthew —el mío queda al otro lado de su cuarto de juegos— y, cuando abro la puerta, lo veo sentado en el suelo jugando con unos coches.

—Deberías estar durmiendo.

—No tengo sueño —comenta sin mirarme. Cuando hace esto es porque algo le inquieta o está enfadado.

—Matty, ¿qué te pasa?

—Eran mis juguetes —me dice poniendo morros.

—Y lo son, pero con estos tienes bastantes. Son más de los que yo he podido comprarte nunca... ¿Es que no son suficientes para ti? —comento abarcando con la mano el cuarto.

—Sí, pero... —Matthew se calla. No puedo pedirle que lo entienda.

—No estés triste —le digo dándole un beso en la mejilla.

—¿Puedo jugar a la consola? No sé cómo se enciende...

Matthew me tiende la pequeña consola que tiene a su lado. Nunca he tenido dinero para comprarle una y aunque Elen sí, nunca lo hizo, pues sabía que yo me sentiría mal por no poder darle a Matthew algo que siempre ha deseado. Pero ahora todo eso ha cambiado. Al final ha aparecido Matt y mis ahorros son insignificantes comparados con toda su fortuna.

—Yo no sé, pero tu padre seguro que sí. Y a él le gustará jugar contigo.

—¿Y dónde está?

—¿Te visto y vamos a buscarlo?

El pequeño asiente y vamos a su cuarto a cambiarlo de ropa. No suelta la consola, solo para quitarle la ropa y ponerle la nueva. Termino de peinarlo y salimos del cuarto para buscar a Matt. Un hombre del servicio nos dice que el señor está en el despacho y nos acompaña hasta allí. Al llegar, toca a la puerta y nos anuncia.

—Sí, díles que pasen. —Escucho desde el interior.

Matthew no espera más y entra a ver a su padre, pero se detiene de golpe. Lo sigo inquieta y cuando entro, veo por qué se ha detenido: Matt está sentado en un sofá junto a una hermosa joven rubia y de ojos verdes. Ambos se nos quedan mirando, la joven con recelo y Matt, con alegría de ver a su hijo. ¿Es su novia? ¿Y qué esperaba, que estuviera soltero? Aunque hasta ahora no he querido pensar en este tema, no puedo negar que la punzada que he sentido en el pecho son celos. Aunque tal vez solo sean celos de lo que tuvimos hace años... Ya no conozco a este Matt, pero sí sé muy bien de lo que era capaz el otro, el que me dejó sola cuando más lo necesitaba sabiendo que su padre era capaz incluso de violarme. ¿Cómo puedo perdonarle algo así?

MATT

Observo a Matthew mirar muy serio a Marie, con la única consola que decidimos dejarle esta mañana para que jugara en la mano.

—¿Quién es? —pregunta molesto.

—Matty, ven. Tu... —Becca me mira, temiendo que tras la revelación fastidie mi relación con Marie.

—Marie, él es mi hijo Matthew.

—Hoooooaaaa, guaaaapoooo —dice ella hablándole muy despacio.

—No es tonto, puedes hablarle sin que lo parezca —dice Becca acercándose a Matthew—. Vámonos, Matty, papá está ocupado —comenta antes de marcharse con el pequeño.

—No soy muy buena con los niños. —Marie sonrío y se acerca a mí para darme un beso en los labios, mientras yo sigo mirando el lugar que antes ocupaban Becca y mi hijo—. Nos vemos mañana en la universidad. Así tendré tiempo de asimilar todo esto.

Se va tras yo asentir. Marie es una compañera de clase. No somos novios formales, aún no hemos dado ese paso, pero llevamos unos meses conociéndonos y no me desagrada su compañía.

Me paso la mano por la frente y escucho como la puerta se cierra con fuerza. Al levantar la vista y encontrarme a Becca enfadada frente a mí, sé que lo ha hecho a propósito.

—¡Yo no sé qué estaba pensando al venir aquí! ¿Qué clase de ejemplo somos para Matthew?

—¿De qué hablas? ¿Se supone que soy un mal ejemplo solo porque me has visto con una amiga?

—Especial, supongo.

—Especial o no, no te importa. Ese fue el acuerdo.

—Es cierto, pero a nuestro hijo sí, y lo he visto todo muy claro. —Se lleva la mano a la cara—. ¿Qué pasará cuando tú te cases, o cuando lo haga yo? No podremos vivir aquí contigo y Matthew tendrá que enfrentarse a la separación. Le estamos dando un dulce para dentro de uno o dos años quitárselo. ¿Es eso bueno para él?

—No tengo pensado casarme...

—Hoy no, pero un día conocerás a alguien a quien ames y querrás formar tu propia familia. Esto es una farsa para Matthew.

—¡No pienso dejar que me separen de él! —digo tenso, aun sabiendo que tiene razón.

—¿Ah, no? ¿Y cuál es la solución entonces, según tú?

—Vivir cada cosa a su debido tiempo. Ahora estamos aquí y quiero disfrutar de mi hijo, ya que antes no he podido. ¿Tanto te cuesta entender eso?

—No, pero como madre que soy, primero pienso en mi hijo y después, en mí. Es algo que tú también debes empezar a hacer.

—¿Insinúas que no lo hago?

—No, pero... Mira, estamos muy tensos. Será mejor que nos evitemos, en la medida de lo posible, y sobre el otro tema... Creo que deberíamos decirle a Matthew que solo estaremos aquí por un tiempo. Así no sufrirá cuando llegue lo inevitable y yo tenga que seguir mi camino con mi hijo.

Y sin más se va, dejándome con un sabor amargo en la boca. Sé que tiene razón, pero no quiero esa vida para Matthew. Quiero que tenga a su padre cuando quiera, no solo en vacaciones y verano. ¡Maldita sea!, esto va a ser más complicado de lo que suponía.

BECCA

Ha pasado casi una semana desde que nos instalamos aquí. Matthew no se tomó muy bien saber que nuestra estancia aquí solo es provisional, pero lo prefiero así. No sé por qué llegué a pensar que esto funcionaría. Cada día que pasa tengo más claro que nos

equivocamos, pero no quiero irme tan pronto. Por ahora, como dijo Matt, no hay por qué salir corriendo, cada cosa a su tiempo y Matthew es feliz, aunque su felicidad me daña, pues no sé qué pasará cuando todo acabe.

Matt y yo nos evitamos todo lo que podemos. Nunca estamos los dos juntos con el niño y no nos dirigimos la palabra más que para lo imprescindible. La tensión reina entre nosotros y Matthew lo nota. No deja de preguntar por qué no quiero a su papá, pero no tengo respuesta para eso. No es cuestión de querer o no, sino de que ambos nos hemos hecho mucho daño y solo hay lugar para el resentimiento.

Sé por Matty que esta noche Matt tiene que acudir a una fiesta; ahora está en su cuarto viendo como se prepara. Yo, por mi parte, estos días he estado rellenando papeles para pedir el traslado a un instituto más cercano; por suerte —y también gracias a la influencia de Matt— me han aceptado. Ahora estoy revisando los libros nuevos que me he comprado con mis ahorros, viendo si el temario es muy diferente.

Dejo los libros y bajo a la cocina a por un poco de agua. Me he preocupado en conocer a todos los miembros del servicio. Con varios de ellos he intercambiado algunas palabras, sobre todo con Ofelia, la cocinera, que me dijo que podía decirle tranquilamente lo que quería que le hiciera a mi hijo para comer, y se lo agradecí.

Cuando entro en la cocina, la veo preparando la cena.

—Buenas noches, señorita Becca. ¿Desea algo?

—Tranquila, ya lo cojo yo. —Me sirvo un vaso de agua del grifo y me siento a la mesa—. Huele muy bien.

—Gracias.

Termino el agua y friego el vaso. Al principio Mar me riñó por eso, ahora ya lo ve normal.

Esta semana no he salido mucho de la casa. Quería hacerlo, pero por las mañanas rellenaba papeles y por las tardes no quería estar lejos de Matthew, aunque debo acostumbrarme. El pequeño siente curiosidad por su padre y su abuela y pasa mucho tiempo con ellos, es lógico, pero lo extraño mucho. Hasta hace unos días yo lo era todo para él y ahora tengo que compartir su cariño con otras dos personas.

De regreso hacia mi cuarto, escucho la risa de Matthew en el piso de arriba y, al alzar la vista, me encuentro de lleno con los ojos azules de Matt, que está bajando las escaleras con el pequeño en brazos. Va vestido de etiqueta y lleva el pelo perfectamente peinado. Está increíble, como siempre, y aunque lo odie, no puedo evitar que mi corazón lata con más rapidez en mi pecho.

—¡Mamá! Matt me ha prometido que iré un día con él a una de sus fiestas. ¿A que es genial?

Cuando llegan al último escalón, Matt deja al pequeño en el suelo y este me coge la mano.

—Sí, lo es. Vamos a prepararnos para la cena, ¿eh?

—No, quiero ver como se va Matt en su coche.

—No es un coche de caballos, Matty, eso eran cuentos de hadas, y las hadas no existen.

En cuanto veo su carita seria, sé que me he pasado. Pero no puedo evitarlo cuando estoy cerca de Matt.

—¡Es un rey! ¡Y los reyes tienen coches de caballos!

—Solo soy Matt —le contesta y le acaricia la mejilla—. Anda, ve a cambiarte, tu madre tiene razón. No tengo un coche de caballos.

—¿Por qué? ¿No te gustan? ¿Y montar a caballo?

—Mañana lo hablamos.

Le da un beso al pequeño y se marcha. Matty se queda conmigo, triste.

—Vamos.

Me lo llevo a su cuarto. Desde que Matt me traicionó dejé de creer en cuentos de hadas, pero cuando Matthew creció y empezó a pedirme que le contara cuentos antes de acostarse, no puede evitar contarle las historias que había leído junto a Matt y hablarle sobre su padre, las aventuras que vivíamos de niños, y decirle que para mí todas ellas eran mágicas, llenas de príncipes y princesas. Es culpa mía que Matthew crea en los cuentos de hadas, pero no es más que un niño. Tengo que dejar que sea la vida la que le enseñe que los cuentos son solo cuentos, pues ahora su única meta es ser feliz y, sobre todo, soñar. Como lo hacía yo.

MATT

Observo como el resto de los invitados van saludando uno por uno a la familia real. Yo lo hice hace poco. Liam me saludó con cariño. Alguna vez ha venido con nosotros esquivando a la prensa y he tenido ocasión de conocerlo lejos de las reuniones de sociedad. Nos hemos hecho buenos amigos.

Apuro mi copa y cojo otra. Nunca me han gustado estas fiestas, pero hoy lo necesitaba para distraerme y distanciarme de la casa. No porque me moleste Matthew, al contrario, cada día disfruto más de estar con él, pero con Becca las cosas van a peor. La tensión que hay entre nosotros puede cortarse en el aire, y lo peor es que Matthew lo nota.

Escucho murmullos y miro en la dirección en que lo hace todo el mundo. Liam ha dejado su puesto y camina hacia una joven. Solo cuando me fijo en ella me doy cuenta de que es Elen. ¿Qué hace aquí? Observo a ambos mirarse embelesados, ajenos a todos, y, tras unas palabras, se funden en un beso cargado de pasión. Y entonces caigo en la cuenta de quién es Elen en verdad, y pienso en el curioso destino que hizo que Elen y Becca se conocieran, a la vez que yo me hacía amigo de Liam.

Liam se separa de ella para presentársela a su padre y acto seguido nos la presenta como su futura esposa a los asistentes, que, atónitos, comienzan a aplaudir. Yo los miro con cariño y aplaudo feliz porque tras siete años se hayan reencontrado. Ahora queda por ver si lo que han vivido en este tiempo los une más o los separa. Como nos ha pasado a Becca y a mí. Un día nos amábamos con locura y ahora..., ahora el recuerdo de lo que fue no es suficiente ni para que seamos amigos. Cada día entiendo más a Dulce y Ángel pero, al contrario que ellos, yo ya no siento nada por la Becca de ahora, o es lo que quiero creer, pues esta rabia que siento al verla no puede llamarse amor cuando está más cerca del odio.

Tras la cena hemos pasado al salón de baile. Liam y Elen no han dejado de bailar el uno con el otro, a pesar de las protestas del rey por no poder bailar ni una pieza con su futura nuera. Tienen mucho tiempo perdido que recuperar. Es la primera vez desde que conozco a Liam que lo veo completamente feliz. Sus ojos verdes brillan como nunca.

* * *

Anoche no volví muy tarde de la fiesta y esta mañana me he levantado temprano para revisar unos papeles de mis empresas. Hoy tendré que viajar a una de ellas. Son cerca de las diez de la mañana cuando tocan a la puerta.

—Pase.

El mayordomo abre y se aparta para dejar pasar a un Matthew con cara de sueño.

—Mi mamá no está —me dice poniendo morros. Me levanto y lo cojo en brazos para llevarlo de vuelta a su cuarto.

—No deberías haberlo bajado hasta aquí —regaña al mayordomo.

—Lo encontré cerca de las escaleras.

Me inquieto al pensar en el niño caminando solo por la casa. Podía haberse caído por ellas.

—¿Y Rebeca?

—Salió temprano. Dijo que tenía que hacer una compra urgente.

—¿Y su niñera? —pregunto al llegar a la escalera.

—Es una mujer mala —contesta Matthew—. No quiero que me cuide.

—Ahora hablamos de eso.

El pequeño se acomoda en mi cuello; aún está cansado. No es muy temprano pero está adormilado, y su gesto buscando mi protección me derrite por dentro.

—Mandaré a buscarla —me contesta el mayordomo.

Llego al cuarto del pequeño y lo meto en la cama para buscar su ropa.

—No quiero vestirme.

—Tienes que cambiarte para bajar a desayunar.

—¡No quiero! —me grita levantándose en la cama. Empieza a correr por la habitación y, aunque no quiero gritarle, al final le ordeno que pare y me hace caso.

—Yo me encargo —comenta la niñera, que acaba de entrar con cara de sueño.

—Su horario empezó hace dos horas...

—Me dormí —responde sin más.

—¡No quiero que me toque! —El pequeño se coge a mi pierna y la niñera trata de cogerle de la mano.

—Déjalo. Luego hablaré con usted.

—Señor...

—Por favor, salga de la habitación.

La mujer se va y, cuando se cierra la puerta, Matthew vuelve a salir corriendo por el cuarto. Al final consigo atraparlo y que me haga caso, pero lo hace entre lágrimas y pataletas.

—¡Lo siento! —Becca entra y deja el bolso en el suelo para coger al pequeño—. No le gusta vestirse nada más levantarse.

—Sí, ya me he dado cuenta —comento poniéndole la camiseta.

—¡Dejadme!

—¡Para, Matty, ya está bien! —El pequeño mira a su madre un momento y sigue con su pataleta. Cuando Becca coge el zapato y va a ponérselo, él se revuelve y le pega sin querer con el pie en el labio haciéndole daño, pues se va hacia atrás y se lleva la mano hacia él.

—Mamá. ¿Estás bien?

Observo como Becca toma aire y se esfuerza por sonreír.

—Sí, cariño, estoy bien. —Pero lo dice sin quitarse la mano de la boca—. Deja que papá te termine de vestir, ¿eh?

El niño ha notado que algo no va bien y, cuando su madre se va, me deja vestirle sin problemas. Luego bajo con él al comedor, donde lo dejo con mi madre, y subo al cuarto de Becca a ver cómo está. Toco a la puerta, pero nadie responde. Al entrar, veo como se enjuaga la boca en su cuarto de baño, que tiene la puerta abierta, y escupe un poco de sangre en el lavabo.

—¿Estás bien?

Se gira hacia mí sobresaltada y, al hacerlo, veo el pequeño corte de su labio.

—No es nada. Se cerrará en seguida.

Me acerco a ella y, cuando pongo mi mano en su cara para examinar la herida de cerca, Becca se tensa ante mi gesto.

—Si necesitas algo... —comento apartando la mano de su cara.

—Estoy bien —responde muy seria.

Asiento. Le comento lo que ha pasado antes con la niñera y le pregunto si sabe algo.

—Qué extraño. Estaba en el saloncito que hay cerca cuando me fui; le dije que iba a salir a hacer un recado y me comento que estaría atenta.

—Pues es evidente que no lo estuvo.

—No se lo tengas en cuenta, seguro que no ha dormido bien. Anoche Matthew no quería dormirse y se despertó de madrugada con pesadillas. Cuando fui a su cuarto, ya estaba ella. Si a Matthew no le gusta es porque no le deja hacer todo lo que él quiere. Es buena niñera..., ha sido todo por mi culpa —dice angustiada.

—No has hecho nada malo. Matthew tiene niñera y estaba durmiendo. ¿Has encontrado lo que buscabas?

Becca se sonroja y asiente.

Me percató de que le sangra otra vez la herida e instintivamente le cojo la gota de sangre con el dedo. Enseguida sé que es un error, pues la suavidad de sus labios me trae recuerdos pasados. De lo que sentía al besarla, y de su cuerpo enredado con el mío...

¡Maldición! Mis sentimientos hacia ella no están tan enterrados como yo creía.

—Estoy abajo. Hoy vamos a ir a un sitio. Quiero presentar a Matthew a mis amigos.

—Ahora lo hablamos.

Asiento y me marcho, con la sensación de que el aseo empezaba a ser demasiado pequeño para los dos.

BECCA

Matt aparca cerca de una acogedora casa de dos plantas. Desabrocho el cinturón a Matthew y lo bajo. El pequeño se acerca a mí y mira a su padre. Cuando comimos, Matt nos comentó que quería que sus amigos conocieran al pequeño Matty. No pensaba venir con ellos. Tengo que acostumbrarme a que ellos dos hagan cosas solos y me pareció un buen momento para empezar, pero Matthew insistió mucho en que yo viniera y no me quedó más remedio que aceptar, pues decía que no iba a ir a ningún sitio sin su madre.

—¿Vamos? —nos dice Matt.

—Anda, ve con tu padre... —le digo tratando de soltar su mano.

—No —me dice abrazándome las piernas, cosa que ya me temía, pues es muy cortado con la gente que no conoce. Al menos él, una vez que coge confianza, no siente vergüenza alguna, no como yo.

Doy un paso hacia la casa pero Matthew no me suelta, así que lo cojo en brazos y cargo con él. Ya pesa mucho, pero no me quejo y dejo que me abrace como una lapa.

—Debes acostumbrarte a ir solo con tu padre, sin mí.

—No quiero.

Miro a Matt. Este anda sin mirar atrás, pero no se me ha pasado desapercibida la cara que puso antes en la comida, cuando Matty dijo que no quería ir con él. Ver como rehúye a su padre me hace sentir mal.

—Yo... tengo que ir a por algo importante... —Trato de dejar al niño en el suelo y soltarme de él—. Ahora vengo, ¿vale?

Matt me mira extrañado y Matthew empieza a llorar.

—Tranquilo. La rabieta le durará cinco minutos. A Elen se lo ha hecho muchas veces —le susurro.

Matt coge al pequeño de la mano y este me mira implorante.

—Es tu padre, Matty, debes ir con él.

—¡No quiero!

—Puedes quedarte si quieres...

—Es tu momento —le digo sonriéndole—. Enseguida vengo.

—¡Mamá!

Me doy media vuelta antes de que los lloros de Matthew me ablanden. No me gusta dejarlo así pero, si quiero que vaya confiando en su padre, debo hacerlo, y para Matt es importante presentárselo a sus amigos. Yo no pinto nada aquí. No soy parte de su círculo. Este momento es para él, ya le he robado bastantes.

CAPÍTULO 7



MATT

Miro el reloj otra vez. Son cerca de las nueve de la noche y Becca no ha regresado. Ya hace tres horas que se fue y el pueblo no es tan grande como para pasear mucho. «Estará bien», me digo, reprendiéndome por estar pendiente de ella. Ella sabe cuidar de sí misma, lo ha demostrado con creces. Matthew es buena prueba de ello. Veo sonreír a Neill, el hermano de Kevin, y gruñirle a Nora —ella va a su misma clase y no se llevan muy bien, por lo que parece—. Como Becca me dijo, solo lloró unos minutos y, tras presentárselo a mis amigos, se metió a todos en el bolsillo y consiguió que sonrieran con sus ocurrencias. Es un muchacho muy despierto.

Matthew se da cuenta de que lo miro y me sonrío señalándome la consola que tiene en sus manos. Esta semana le he enseñado a jugar con ella. Neill tiene una parecida y está ahora jugando con ella atendiendo las explicaciones de Neill, que son mejores que las mías. Es increíble lo que saben de tecnología estos críos, aunque es normal, pues han convivido con ella desde bien pequeños.

Pienso en Becca y nuevamente me siento agradecido por su gesto. Me sorprendió que lo hiciera y me alivia pensar que, pese a todo, Becca no quiere separarme de mi hijo. De niña Becca siempre fue muy buena pero... ¿seguirá siéndolo? ¿Ha cambiado mucho? No lo sé.

—¿Becca va a venir a cenar? —me pregunta Dulce sentándose a mi lado en la hamaca.

—Supongo. No tengo ni idea.

Ella sabía que veníamos a pasar la tarde y a cenar. Excepto Ángel, que tenía que trabajar, están todos mis amigos: Robert, Jenna, Laia, Adair, Albert, Bianca, el pequeño Erik y Dulce.

—Me encanta tu hijo. Me ha conquistado.

—Que no se entere Ángel.

Dulce se ríe y apoya su cabeza en mi hombro.

—Todos nos estamos haciendo mayores... Parece mentira como la vida sigue su curso y nos hacemos adultos. Aunque no estemos preparados...

—¿Lo dices por tu embarazo? —le digo flojito.

—¿Cómo lo sabes? —me contesta de la misma forma con los ojos muy abiertos.

—Ángel no para de acariciarte el vientre cuando estáis juntos, y tú lo haces de vez en cuando.

—Solo estoy de dos meses... ¿Te puedes creer que ya lo quiero y apenas lo conozco?

—Me lo puedo imaginar —comento observando a Matthew, que otra vez está diciéndole a Nora que la consola no es para niñas.

—Tu hijo tiene un problema con las chicas —me dice Dulce riendo.

—Sí, ya le gustarán.

—No digas nada del embarazo..., aunque imagino que todos lo sospecharán. Tengo miedo de anunciarlo demasiado pronto y que se desvanezca, pero además quiero hacerlo cuando esté Ángel, ¿vale?

Asiento y miro una vez más el reloj. Ya es de noche y me inquieta que Becca no sepa cómo volver... Y, por cierto, ¿cómo iba a saberlo, si apenas conoce este pueblo? ¡Maldita sea!

En ese momento tocan al timbre.

—Ya voy yo —le digo a Jenna, que se ha levantado de la mesa donde está jugando a las cartas con Laia para ir a abrir.

—¿Voy preparando la cena? —comenta Robert.

Los demás contestan que sí y yo llego a la puerta, pero al abrir, en vez de encontrarme a Becca, veo a un sonriente Kevin que lleva unos pasteles en la mano.

—Buenas. ¿Qué tal? —me pregunta al entrar.

—Bien, ¿ya has terminado de trabajar?

—Por hoy he tenido suficiente —comenta sonriente.

Kevin lleva viviendo con la madre y el padrastro de Adair desde hace dos años. Al principio le costó un poco aceptar que tenía un nuevo hermano y una nueva madre adoptiva, pero al final Neill y él se han integrado bien en la familia. Aunque retomó los estudios, no dejó de trabajar, pues quería aportar económicamente en casa. Gracias a él, a Adair y a su familia, al pequeño Neill no le falta de nada.

—¿Y mi mamá? —me pregunta Matthew cogiéndome la mano.

—No tardará —le contesto apoyando mi mano en su espalda.

—No hace falta que me jures que es tu hijo. Es igual que tú.

—¿Y tú quién eres? —le pregunta Matthew a Kevin—. ¿Otro de mis tíos?

—Sí, eso parece. Soy Kevin.

—Me ha dicho Neill que los tíos hacen muchos regalos... —comenta el pequeño con una sonrisa—. A mí me encantan los regalos.

Kevin se ríe, le revuelve el pelo y, mirando a Matthew con sus alegres ojos verdes, le dice:

—Neill habla mucho.

—Matthew, vete con Kevin. Tengo que hacer algo.

—Vale.

El pequeño se va sin más con su nuevo «tío» y saco mi móvil. Cuando lo hago, veo que me están llamando. Y compruebo que lo tenía en silencio y esta no es la primera llamada. ¡Mierda!

—Rebeca, siento no habértelo cogido antes —me disculpo nada más descolgar, temiendo haberla preocupado, o que se haya perdido y no sepa cómo regresar...

—No pasa nada. Te llamé hace unos minutos.

—¿Dónde estás?

—Pues... resulta que me he encontrado con Elen. Está aquí y voy a ir a cenar con ella... ¿Te puedes quedar con Matthew? Si no puedes, voy yo...

—Sí, claro, no hay problema.

Siento dos emociones contradictorias. Por un lado, me alegra poder estar más tiempo solo con el niño, ver cómo me desenvuelvo con él sin que Becca esté cerca, pero por otro, siento una pequeña desilusión porque ella no venga a cenar con nosotros... y eso no me gusta nada.

—Nos vemos luego en tu casa.

—Ahora también es la tuya —le replico algo molesto porque no diga «en casa», a pesar de que ella tiene razón, no es su casa...

—Adiós, pasadlo bien.

—Tú también.

Cuelgo y salgo hacia el patio. Le digo a Robert, que está ya liado con la barbacoa, que Becca no vendrá.

—¿Dónde está mi mamá? —me pregunta Matthew, que se me ha acercado por la espalda y me ha escuchado.

Lo miro y me agacho a su altura.

—Luego la vemos...

—¡Quiero ir con ella! —Me golpea cuando trato de cogerlo y corre hacia la casa. Voy tras él y lo pillo en la puerta (por suerte, no llega al pomo, pues Robert y Jenna lo cambiaron y lo pusieron más alto, por Nora).

—¡Déjame! —grita pataleando y revolviéndose cuando trato de calmarlo.

—¡Basta, Matty!

El pequeño me mira asombrado. Me siento un miserable por haberle gritado, pero, aunque me duela en el alma regañarle, me fuerzo a no cambiar mi cara de enfado para que me tome en serio.

El pequeño agacha la mirada y se está quieto.

—No quiero estar contigo. —Y, tras decir esto, se va hacia el patio dejándome con un sabor amargo en la boca.

—Matt. —Miro a Jenna, que viene hacia mí—. Ayúdame con la ensalada.

Voy a la cocina y, tras asomarme por la ventana y ver al pequeño tranquilo jugando con Neill, me lavo las manos para ayudarla.

—Está bien —me dice adivinando mi preocupación— y lo de que no quiere estar contigo me lo dice Nora muchas veces cuando se enfada. No se lo tengas en cuenta.

—Lo sé.

—Pero te duele. Y más enfadarte con él, pero debes hacerlo. Ser padre es algo más que estar siempre feliz con tu hijo. Es educarlo y regañarle cuando se lo merece, aunque nos duela más que a ellos. No es fácil... pero poco a poco lo lograrás.

—Eso espero —digo sin mucha convicción.

—Me imagino que Becca no viene a cenar para dejaros tiempo de estar juntos. Es lo mejor. Matthew tiene que aprender a estar contigo a solas.

—Sí. —No digo nada más y cojo un tomate para cortarlo, hasta que siento la mano de Jenna sobre la mía.

—No sonrías..., solo lo haces cuando miras a Matthew. Estás muy serio, y tú no eres así.

—Supongo que todo esto me sobrepasa.

—Puedes contar conmigo si necesitas hablar. —Le sonrío con cariño y acaricio su mano.

—Lo sé, Jenna, y te lo agradezco, pero esta vez estoy solo con mis sentimientos. No sé cómo exteriorizarlos... —le comento frustrado.

—¿Quisiste mucho a Becca cuando erais jóvenes?

—¿Qué se sabe del amor con diecisiete años?

—Mucho. No te excuses con esa tontería.

Recuerdo que cuando llegaba para veranear a casa de mi padre, lo primero que hacía era buscar a Becca. Era mi amiga, alguien muy especial para mí en verano... ¿Y en invierno? También. Siempre le escribía y me acordaba de ella. Pero no fue hasta nuestro último verano juntos cuando ocurrió. Entré en la cocina y Becca estaba apoyada en la encimera mirando por la ventana, pensativa. Llevaba un vestido blanco y el pelo largo y liso le caía por la espalda. Mi corazón latió de una forma distinta al verla, y más aún cuando se giró y me dedicó una amplia sonrisa. En ese instante supe que ese verano sería

diferente, y así fue. Pero... ¿era amor? Sé que la quería, y que lo que sentí por ella no lo había sentido por nadie antes... Solo sé que, fuera lo que fuera, nació y murió allí. Ha pasado mucho tiempo de aquello y ambos seguimos nuestras vidas por caminos diferentes. La Becca que conocí no es la de ahora.

—La quise, pero eso es pasado. Ahora no siento nada por ella.

—¿Seguro?

—Sí. —Pero tras decirlo, surge la duda en mí. ¿Por qué? No puedo negar que es preciosa, que sus intensos ojos marrones me siguen fascinando, pero es solo deseo. Una atracción natural por una joven hermosa. No es amor. Estoy demasiado enfadado con ella y con la vida para sentir algo que no sea rabia por los años que me ha robado junto a Matthew.

—Es una lástima...

—¿Por qué?

—Porque la vida, tarde o temprano, os hará ir por caminos separados de nuevo, con personas diferentes, y Matthew estará en medio.

—Eso ya me lo ha dicho Rebeca —le comento molesto—. No dejaré de lado al pequeño.

—Lo sé. Olvida lo que te he dicho, ahora estáis juntos cuidándolo. Aún queda tiempo para que alguno de los dos os comprometáis con alguien y el otro deba irse. O, mejor dicho, ella se vaya. —Lo dice con una sonrisa para restarle importancia, pero sé que tiene razón.

—No quiero pensar en eso ahora.

Jenna asiente y entre los dos terminamos la ensalada. Cuando nos ponemos a comer, consigo que Matthew se siente a mi lado, no sin antes tener que ir tras él por todo el patio. Al final Albert lo ha cogido y, como es tan serio, el pequeño se ha quedado quieto en sus brazos. La cara de Matthew ha hecho sonreír a más de uno menos a Albert, que parecía ofendido por la cara seria del niño; Bianca, al ver la expresión contrariada de Albert, le ha dicho que eso le pasa por no sonreír más a menudo en público.

La cena ha sido otra lucha. Matthew no quería comer y, doliéndome en el alma, le he tenido que regañar. Al final ha cenado entre morros y pucheros, pero ha cenado.

Ahora estamos de vuelta. El pequeño se ha quedado dormido en su sillita. Cuando aparco el coche, lo saco de la silla, medio adormilado, y lo subo en brazos a su cuarto para acostarlo. En cuanto entro en su habitación, Matthew se despierta y me mira desorientado.

—Es hora de dormir —le digo.

—¿Y mi mamá?

—Ahora vendrá a darte un beso de buenas noches.

—¡Quiero ver a mi mamá!

—Ahora estás conmigo, Matty.

—¡No te quiero a ti!

Aprieto los dientes y voy a por su pijama. Trato de ponérselo pero él me golpea.

—¡Eso no se hace! Que sea la última vez que me pegas.

Me mira con los ojos llenos de lágrimas, adivina por mi gesto que la pataleta no le va a servir y se deja vestir. Cuando lo meto en la cama, se gira y me da la espalda, pero luego se vuelve y me dice no muy convencido:

—¿Me cuentas un cuento?

—Claro.

Me acerco a la estantería y cojo uno al azar. Muchos de ellos son míos, de cuando era pequeño; otros, los que regalaba a Becca en verano y se dejó en su cuarto cuando se fue del castillo. Su padre los llevó a la biblioteca de palacio y los he recuperado para el pequeño.

—Este cuento le gustaba mucho a tu mamá cuando era pequeña.

El comentario hace que Matthew se dé la vuelta y me mire. Se lo empiezo a leer y, aunque el pequeño hace lo imposible por no dormirse, al final el sueño le vence. Me quedo un rato mirándolo dormir, recordando a la Becca niña a la que le leía este cuento, y una vez más me pregunto qué queda de aquella niña en Becca. No lo sé, ni quiero saberlo..., o eso es lo que quiero hacerme creer.

BECCA

Veo la puerta de la sala de juego abrirse y me levanto al tiempo que aparece Matt por ella y la cierra sin dejar de mirarme. Aún sigo impactada porque recordara mi libro preferido de la infancia. No esperaba que lo hiciera y mucho menos que eligiera ese para leérselo al niño. Me ha costado horrores no entrar cuando empezó a llorar, pero ahora debo mantenerme al margen muchas veces, ya no lo cuido solo yo.

—Estabas aquí —me dice clavando sus preciosos ojos azules en mí.

—Sí... Lo has hecho muy bien —le digo con una sonrisa—. Sé que no es fácil regañarle, se te parte algo aquí dentro —comento señalándome el corazón—. Además, Matthew tiene muchas leyes y manías cuando quiere. —Le sonrío y veo como Matt se relaja.

—Es complicado.

—Lo sé. Pero lo estás haciendo muy bien...

Nos quedamos en silencio observándonos y, aunque no viene a cuento, la culpa me hace pedir perdón una vez más.

—Siento no habértelo dicho antes..., mis razones no eran más que excusas. Lo siento.

Matt asiente y va hacia la puerta de la salita.

—Ven, quiero hablar contigo. ¿Has cenado?

—Sí, cené aquí, con tu madre —respondo saliendo tras él y cerrando la puerta.

—¿Aquí? Creía que ibas a cenar con Elen...

—He estado con Elen un rato esta tarde, pero esta noche tenían compromisos. Me ha contado lo del baile del otro día. Estoy muy contenta por ella. No te dije que cenaría con ella.

Matt me observa y sé que está recordando la conversación por teléfono.

—Si te hubiera dicho que cenaba aquí, me habrías insistido para ir a casa de tus amigos.

Matt asiente y vamos a una de las salitas de esta planta. Cuando entramos, me siento en el sofá. Matt se sirve una copa y, tras ofrecerme algo de beber y yo decirle que no, se sienta en uno de los sillones.

—Gracias por dejarme pasar toda la tarde con el pequeño.

—De nada. Ahora es cosa de los dos... Me va a costar acostumbrarme, pero tengo que aceptar que ya no estamos solos Matty y yo. Tú eres parte de su vida.

—Sí. Por el bienestar de él, debemos llevarnos bien. Es tontería que nos evitemos como esta semana...

—No me gusta ver tu cara de reproche cada vez que te miro.

—Lo siento, no puedo evitarlo.

—Supongo que en tu lugar a mí me pasaría lo mismo.

—No lo creo. Tú has olvidado que hace años te dejé sola...

Aparto la mirada y observo la ventana.

—Lo olvidé hace años. Cuando me di cuenta de que odiarte no servía de nada.

—¿Me odiabas?

—Más que a nada en el mundo. Cada vez que sufría, te culpaba por todo... —admito —. Para mí, todas mis desgracias antes de que naciera Matty eran culpa tuya.

—Lo siento.

—Es agua pasada.

—¿Y qué paso para que dejaras de odiarme?

Lo observo y decido serle sincera. No me gustan las mentiras.

—Pues que cada vez que miraba a Matthew, te veía a ti. Al principio me molestaba recordarte constantemente, aun sin querer..., pero luego, cuando tuve que cuidar de él y hacer frente a los problemas cotidianos que suponía criar a un bebé, todo lo demás dejó de tener importancia. Maduré de golpe. De pronto era como si hubieran pasado años luz desde ese verano... y me di cuenta de que los dos éramos muy jóvenes. No entendía tu reacción, pero sí podía perdonarte.

—Comprendo.

—Nunca quise casarme con tu padre, Matt. Él no era mi príncipe azul.

Él me observa con sus penetrantes ojos zafiro y sé que ha sabido leer entre líneas: él siempre fue mi príncipe.

—Hace años dejé de creer en cuentos de hadas. Ya no hay tiempo para ellos.

—Siempre hay tiempo para soñar.

—No, ya no.

Nos quedamos en silencio.

—Sé que llegará un momento en que te perdone... —me dice—, pero aún no ha llegado. Sí es cierto que te respeto y que quizás estos días me hayan ayudado a ponerme en tu lugar...

—Yo tuve mi tiempo para aceptarlo, no quieras correr tanto.

—¿Mi padre te hizo daño cuando te casaste con él? —me pregunta de repente y eso hace que me altere. Él lo nota y se tensa—. ¿Qué pasó?

Me levanto del sofá.

—No quiero hablar de tu padre.

Y sin más me marchó. No quiero recordar lo que viví tras nuestra obligada boda antes de marcharme. No quiero...

Me apoyo en la pared cuando siento que mi estómago se resiente. Llevo toda la tarde nerviosa y, como me suele pasar, recordar al padre de Matt me angustia.

MATT

Levanto la vista del periódico cuando Matthew y Becca entran en el salón a desayunar. El pequeño se me acerca sonriente y me saluda con cariño, cosa que me relaja, pues temía que siguiera molesto por lo de ayer. Becca, en cambio, solo ha dicho un frío buenos días que hace que me inquiete.

No he dejado de pensar en nuestra conversación de anoche y en cómo reaccionó cuando saqué el tema de mi padre. Estaba tan molesto porque me hubiera ocultado lo de Matthew, que no había caído hasta ahora en algo tan obvio. Si trató de violar a Dulce y

violó a mi madre, ¿qué no habrá intentado hacer con alguien con quien te amparan los derechos del matrimonio? ¿La violó? No paro de darle vueltas a esa posibilidad y eso hace que me sienta un miserable. Sé que con diecisiete años, cuando todo pasó, no sabía todavía de lo que mi padre era capaz. Solo sabía que era un hombre frío y que compraba mi cariño con dinero y regalos, pero no imaginaba lo que fui descubriendo después, a medida que iba creciendo. Aun así, sí sabía el miedo que le tenía Becca... ¿Por qué no hice nada? La única explicación que tengo es que la quería tanto que oír de sus labios aquello me hundió y me dejé llevar por los acontecimientos. Sin pensar en nada más.

Todo esto ha hecho que deje de pensar en mí y me dé cuenta de que Becca actuó como lo hizo, primero por miedo, y segundo, por no saber cómo reaccionaría yo. Al fin y al cabo, cuando más me necesitó no la ayudé. ¿Qué podía esperar de mí después de que naciera Matthew?

—Había pensado en ir esta mañana a dar un paseo...

—Pasadlo bien —comenta Becca sentándose al lado de Matthew, que está a mi derecha.

—Los tres —comento serio.

Becca me mira y aprieta los labios antes de asentir.

—¡Qué bien, mamá! Lo pasaremos bien. Ayer conocí a muchos tíos nuevos, ¿sabes? Y a Neill. ¡Me enseñó a jugar a la consola! Sabe hacerlo mejor que papá —le dice Matthew a Becca flojito y sonriente.

Me quedo mirándolo. Es la primera vez que no se refiere a mí como Matt, y me gusta. Parece que estoy haciendo las cosas bien, después de todo.

—Me alegra que lo pasaras bien. Ahora cómete todo el desayuno o te quedas aquí.

—Me has puesto mucho —protesta el pequeño y me mira, esperando que yo le eche un cable.

—A mí no me mires. Si mamá dice que te lo tienes que comer todo...

Cojo el periódico para seguir leyéndolo y evitar así que el pequeño trate de embaucarme con su carita de lástima. Al final, viendo que no tiene apoyo por parte de nadie, come ayudado por su madre.

Cuando terminamos de desayunar, Becca sube a por unas chaquetas de entretiempo y salimos de la casa andando. Matthew no deja de contarle a su madre lo bien que se lo pasó ayer y de repetirle que tiene que conocerlos.

—Yo opino igual. Deberías conocerlos.

—Seguro que les da igual conocerme o no... —dice Becca muy flojo.

—¿Sigues siendo tímida?

—Sí que lo es —contesta el pequeño, como si fuera un abuelo en miniatura—. Tía Elen le dice muchas veces que tiene que dejar de serlo.

—Cállate, Matty.

—Matty, Matty, Matty... —comenta con enfadado el pequeño—. ¿Sabes que cuando papá me regaña también me llama Matty?

Sonrí y Becca niega con la cabeza.

—Eres imposible.

El pequeño sonríe por el comentario de su madre y trata de soltarse de su mano, pero cuando lo consigue, lo agarro yo de la otra para que no salga corriendo.

—¡Puedo ir solo! —protesta enfadado.

—No puedes, pero cuando lleguemos al sitio al que os llevo, podrás correr tú solo.

—¡¿En serio?! —pregunta emocionado, y asiento.

Al poco llegamos al lago que hay cerca de mi casa y que separa las dos partes del pueblo. Matty no tarda en soltarse y corre emocionado por el campo. Becca lo sigue preocupada. Le grita que no se acerque tanto al agua y el pequeño acepta a regañadientes, aunque la llama pesada.

—Déjalo, sabe que no debe alejarse mucho.

—No puedo evitarlo...

—Yo también me preocupo, pero es un niño. Tiene que divertirse.

Becca asiente y se queda a mi lado. Permanecemos en silencio, hasta que decido preguntarle lo que me lleva atormentando toda la noche.

—¿Te violó? —La pregunta se me atraganta y siento un miedo atroz porque la respuesta sea sí. Desde niño me ha gustado cuidar de los que me necesitan, es algo que no puedo evitar; por eso me resulta tan duro encajar que la vez que más atento debía estar, miré hacia otro lado.

—No..., pero lo intentó varias veces. Por eso me fui —contesta Becca tras un largo y angustioso silencio—. No quiero hablar del tema.

—Lo comprendo, pero me alegra saber que no lo hizo.

Becca asiente y sonríe a Matthew cuando este le muestra una piedra antes de tirarla al lago.

—No sabía que mi padre fuera tan desgraciado hasta que cumplí los diecinueve años. Sabía que no era como los demás padres, pero pese a todo era mi padre.

—De niño siempre esperabas que él te hiciera caso. Creo que por eso nos llevábamos tan bien, porque yo esperaba lo mismo del mío. Y ambos nos dábamos el cariño que nuestros padres nos negaban.

Nos quedamos en silencio, cada uno pensando en sus cosas. Yo, en lo mucho que me gustaba que llegara el verano para jugar con ella... cuando su padre me dejaba.

—Recuerdo que tu padre era muy estricto.

—A él no le gustaba que olvidara cuál era mi sitio.

—A mí me encantaba olvidar cuál era el mío.

Becca me mira y, sonriéndome, dice:

—Pese a todo lo sucedido... guardo un grato recuerdo de tus visitas.

—Yo, poco a poco, también.

Becca me mira. Sabe lo que quiero decir y me sonrío con resignación, pues sabe que no puedo dejar atrás años de resentimiento de golpe.

—¡Mamá! ¿Jugamos al pilla pilla?

—Estoy cansada...

Pero Matthew tira de su madre y al final Becca corre con él.

—¡Papá, tú nos tienes que pillar!

Corro tras él y, cuando lo atrapo, lo levanto en el aire y le hago cosquillas.

—Ahora a mamá.

Becca me mira y corre para evitar que la pillemos, pero yo corro más que ella y, por suerte, logro cogerla justo cuando tropieza con una raíz y se va a caer al suelo. Su menudo cuerpo se pega al mío. Matthew ríe porque la hemos pillado, pero Becca y yo, no. Solo puedo mirarla y disfrutar de sentirla entre mis brazos. Como hace años..., su contacto me trae recuerdos. Deliciosos recuerdos. Mi mano descansa en su cintura y las manos de Becca están en mi pecho. Noto como una de ellas se atreve a acariciarme, presa de este embrujo que nos ha poseído... Pero enseguida se da cuenta de dónde estamos y de quiénes somos ahora, y se separa.

—Yo... Matty, quédate con tu padre..., tengo que irme.

Y sin más sale corriendo, dejándonos a los dos solos, aunque ignoro a cuál más impresionado, si al niño o a mí. ¿Ella también ha sentido el peso de los recuerdos? Aún noto el contacto de su caricia en mi pecho y no puedo negar que me ha gustado.

—¿Por qué se ha ido mamá? Está muy rara últimamente... ¿Tiene la regla? La tía Elen siempre dice que las mujeres con la regla están más tontas. Nunca me han querido explicar por qué tener una regla te cambia el carácter —comenta el pequeño sin comprender qué es la regla, pero extrañado por el comportamiento de su madre.

—Tu madre tiene razón: es mejor no hablar nada cuando estés delante.

—¿Por qué?

—Porque lo cuentas todo.

—Si los secretos fueran realmente secretos, no se contarían, ¿no?

Sonrío y le digo que le voy a enseñar a tirar piedras al agua. El pequeño me sigue emocionado, tanto que parece haber olvidado la forma en que se ha ido su madre. Yo no puedo decir lo mismo.

CAPÍTULO 8



BECCA

Me alejo del lago y, al salir del bosque, aparezco en un aparcamiento de coches.

¿Qué ha pasado? No me puedo creer que lo haya acariciado, que me dejara llevar. Creía que lo que sentía había muerto con cada una de mis lágrimas derramadas por su culpa..., pero parece que no fue así. He tenido tantas ganas de abrazarlo y de llorar en sus brazos por la niña que se fue, por la mujer que soy ahora y que no sabe hacia dónde ir... Esto no puede ser. Nuestras vidas solo se han cruzado de momento. Dentro de poco cada uno seguirá su camino, como hace años.

—¡Becca!

Me sobresalto al escuchar a Elen llamarme y me giro. La veo a unos cuantos metros detrás de mí, al lado de una antigua heladería, haciéndome señas con la mano. Me mira sonriente, pero al ver mi cara se acerca preocupada.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. —Y esa es la verdad.

—Ven, entremos.

La sigo y al entrar veo a Liam bajando por las escaleras. Me saluda sonriente. Ayer me lo presentó Elen. Es mucho más guapo de lo que yo había imaginado, aunque desde luego no es más guapo que Matt... ¡Demonios!, ¿por qué lo comparo con Matt?

Elen quita de un tirón la sábana que cubre una de las mesas y, tras sentarnos, me cuenta que este local es suyo; que antiguamente era de sus padres y que cuando Liam se enteró de que querían venderlo, se lo compró para ella. Que aquí fue donde Liam y ella se conocieron. A Elen le brillan los ojos y su felicidad es palpable, al igual que la de Liam.

—Voy a dar un paseo —nos informa Liam.

—En el lago está Matt con mi hijo —le comento.

—Bien, iré con ellos. Así conoceré al niño que ha robado el corazón de Elen... o al menos una gran parte de él.

Le da un beso a Elen y se marcha, dejándonos solas para hablar.

—A ver, cuenta.

Y se lo cuento todo, cómo me siento y lo que acaba de pasar en el lago. Aún siento el corazón acelerado por el contacto. El recordar a su padre me ha dejado vulnerable, y más porque creo que de verdad Matt no sabía lo que era capaz de hacer cuando me dejó en sus manos. He visto el sufrimiento en sus ojos al preguntarme si me violó. Me ha recordado al Matt del que me enamoré y que siempre se preocupaba por mí. Y eso me ha desbarajustado. No soy tan fuerte como creía en lo referente a Matt.

—¿Qué sientes por él?

—Nada..., no puedo sentir nada.

—¿No puedes o no quieres?

—No quiero. Además, él tiene novia. —Sonrío con tristeza—. Es preciosa y hacen muy buena pareja. Es mejor que todo siga como está. En el fondo no estoy segura de que pueda volver a confiar en él. ¿Quién me dice que cuando más lo necesite no me dejará de lado? Tal vez pueda sentir algo... pero el miedo a pasar por lo mismo me hace ser prudente y mantiene a raya cualquier sentimiento.

Elen coge mis manos y las acaricia.

—Es complicado lo vuestro.

—Te echo de menos —le reconozco—. Bueno, a ti y a nuestras charlas.

—Y yo a ti. Pero ahora vivimos cerca...

—¿Has visto a Laia?

La mirada de Elen se torna seria y veo dolor en sus ojos.

—¿Qué ha pasado?

—Nada...

—Elen, puedes confiar en mí.

Elen toma aire y mira hacia la ventana.

—Hace cinco años el chico con el que salía trató de violarla, y no me lo dijo. Me acabo de enterar ahora. —Agrando los ojos por la noticia—. Según ella, no me lo dijo porque no quería que yo regresara solo por ella. ¡Pero era mi amiga! Tenía que haber estado a su lado... Y si no en aquel momento, ¿por qué no me lo dijo después?

—Por el mismo motivo, supongo.

—Ya, pero eso me hace plantearme qué clase de persona he sido. Me siento egoísta. Dejé a Liam solo, esperándome, y a Laia cuando más me necesitaba..., soy una cobarde.

—¡No eres una cobarde! Tú no podías saber lo que le pasaba a Laia. Elen, eres una de las mejores personas que conozco. Has estado a mi lado desde que tuve a Matthew...

—Pero...

—Entiende a Laia. Ella ya tenía bastante con cargar con su dolor como para cargar también con la culpa de hacerte regresar antes de tiempo.

—Sí, lo sé.

—Y ya ves: en cuanto has vuelto, te lo ha contado. Me imagino que para ella no habrá sido nada fácil decírtelo después de haber estado tanto tiempo guardándose el secreto.

Elen asiente.

—Me recuerda a ti con lo de Matt.

—Sabes que he tratado muchas veces de decírselo...

—Lo sé. —Elen saca algo de su bolso y, cuando me lo tiende, veo mi libreta. Esa donde escribía las cartas para Matt que nunca acababa—. Deberías dejar que lo leyera. Así te comprendería mejor.

Cojo la libreta y acaricio las pastas.

—¿Qué más da?

—Tal vez vuestro destino sea estar separados pero, por el bien de vuestro hijo, es mejor que entre vosotros os llevéis bien y aclaréis las cosas.

—Sí. Esta semana ha sido insoportable. No me gusta estar evitando a Matt.

—Eres fuerte, y yo estoy a tu lado.

—¡Tía Elen!

Un remolino llamado Matthew entra en el restaurante y se tira a los brazos de Elen, que ya lo está esperando.

—¡Hola, chiquitín! Cuánto te he echado de menos.

—No hemos podido retenerlo más —comenta Liam.

Matt entra y se queda de pie junto a nuestra mesa. Me observa serio y aparto la mirada cuando me doy cuenta de que trata de buscar la mía.

La bajo a la libreta y me levanto.

—Matt, quiero darte algo. Elen...

—Nosotros nos quedamos con el pequeño.

Matt sale del restaurante y lo sigo pensando que esto es una estupidez. No va a cambiar nada que le entregue esto. Pero si ayuda a que nos llevemos mejor, a que confíe en mí, que vea que cuando le dije que intenté decírselo no le mentí, debo intentarlo. Sobre todo, por el pequeño.

—Estas son... —Miro la libreta y se la tiendo—. Son las cartas que intenté escribirte cuando murió tu padre, para contarte la verdad de Matthew. Me las acaba de traer Elen de su casa. Como verás en ellas, nunca sabía cómo decírtelo...

Matt coge la libreta y la abre por la primera página. Al ver la fecha, me dice:

—Está escrita el mismo día que murió.

—Ya no podía hacer daño a Matthew...

Matt la lee en silencio y luego pasa las páginas deprisa: todas están llenas de líneas en las que intentaba hablarle del niño. Le escribía una casi cada día, pero al final lo dejaba por imposible. Me quedo quieta a su lado mientras él va leyéndolas una a una, sin comentar nada. ¿Y qué esperaba que dijera?

MATT

... Deberías verlo, es igual que tú. Tiene tu sonrisa, tus ojos... A veces siento que eres tú quien me mira a través de ellos...

... No sé cómo decirte que tienes un hijo... tengo miedo de que lo rechaces...

... Le puse tu nombre porque al mirarlo pensé en ti...

... Le hablo de ti desde que era pequeño. No quiero que crezca sin saber quién es su padre. Sé que, pese a todo, serías un buen padre para él... ¿Lo serías?

... El tiempo pasa y no encuentro la mejor forma para hablarte de su existencia. ¿Cómo contarte algo así y esperar que entiendas por qué ahora y no antes?...

Dejo de leer por encima y me quedo noqueado por este descubrimiento. Sobre todo porque sé que en el fondo, de no haberlas leído, nunca habría creído que de verdad ella hubiera intentado ponerse en contacto conmigo. Pero no puedo negar la realidad. Esta libreta está llena de cartas. Y he visto la vergüenza en el rostro de Becca mientras las leía y la sinceridad en sus ojos marrones.

Trago el nudo que se me ha formado en la garganta. Ella me observa expectante, aún algo cortada porque las haya leído.

—Siento no...

—Ya me has pedido perdón.

—No podemos huir el uno del otro... Creo que por el bien de Matty deberíamos ser amigos... o intentarlo. —Y al notar mi silencio, añade—: Claro, si tú quieres.

—No me será fácil olvidar el daño, pero te prometo que lo intentaré. —Becca asiente—. Es fácil hablar cuando no se está en la situación del otro. Por eso estoy de acuerdo contigo, lo mejor es que seamos amigos.

—Me gustaría mucho —reconoce, y me doy cuenta de que a mí también me apetece llevarme bien con ella.

—¿Me las quedo? —le digo señalándole la libreta.

—Sí..., al fin y al cabo, eran para ti.

—¡Mamá, dice Liam que podemos ir a comer a su castillo! ¡Y que tiene armaduras! ¿Podemos ir? —Matthew nos mira a ambos ilusionado—. ¿Verdad que podemos?

—Solo si te comes todo lo que te pongan.

—¡Lo prometo! —El pequeño sale corriendo y se deja caer en los brazos de Elen, que se ha agachado para cogerlo—. Tía, podemos ir. ¿Verdad que es fabuloso?

—Eres un viejo, Matty —le dice Elen dándole un beso.

El pequeño se ríe y observo a Becca, que mira al niño con devoción y sonrío relajada. No me cuesta imaginarla sacando las uñas por su hijo. Y en el fondo le agradezco que huyera con él de mi padre, y que este no le pusiera las manos encima. A fin de cuentas, ella era su esposa ante la ley y el hijo que estaba esperando también le pertenecía. No quiero ni imaginar lo que hubiera hecho con el pequeño en sus primeros años de vida sabiendo que era hijo mío.

—Gracias —le digo de repente sorprendiéndola y sorprendiéndome a mí.

—¿Por qué?

—Por proteger a Matthew de mi padre.

—De nada —me dice algo impactada por mis palabras. ¿Estoy haciendo lo correcto al bajar las barreras y perdonar? Espero que sí, y no arrepentirme más adelante.

BECCA

Me preparo los libros para mañana. Hemos vuelto a casa de Matt poco después de comer con Liam y Elen. Matty estaba impactado por haber estado en un castillo. Liam le enseñó las armaduras y aguantó todas las preguntas del pequeño sin perder la sonrisa. Me gusta mucho Liam, no me extraña que Elen no pudiera olvidarle. Me alegro mucho por ellos, hacía tiempo que no veía tan feliz a Elen.

Son poco más de las cinco de la tarde. Matty se ha despertado de su siesta y Matt se lo ha bajado a pintar en su estudio mientras él trabajaba. Le he dicho que me quedaba yo con él, que le iba a molestar, pero él quería estar a su lado, así que no le he insistido más. Yo he estudiado muchas veces con el pequeño cerca porque me gusta sentir su presencia. Se me hace tan raro estar ahora en este cuarto sola... que no sé qué hacer. Llevo tantos años viviendo por y para Matty, que se me ha olvidado vivir para mí misma.

—¡Mamá! —Escucho a Matty llamarme en la distancia.

Salgo del cuarto y, al asomarme a las escaleras, lo veo abajo con una niña rubia más o menos de su edad y una joven poco mayor que yo. La cara sonriente de la joven me recibe. Lleva el pelo castaño recogido en una coleta al lado y es realmente bonita. Nada que ver conmigo.

—¡Mamá, baja!

—Tú debes de ser Rebeca —me comenta la joven cuando llego al final de las escaleras.

—Becca —le rectifico dándole dos besos. Matt es el único que me dice Rebeca, y sé que lo hace para guardar las distancias—. Soy la madre de este trasto.

Matty sonrío dándose por aludido.

—Mi nombre es Jenna.

«Así que por fin te conozco», pienso. Recuerdo cuando Matt me hablaba sobre sus dos mejores amigas, Jenna y Bianca. Siempre las envidié, pues ellas lo tenían más tiempo que yo. Yo solo era su amiga de verano, pero no su amiga de verdad. Aún hoy dudo de que fuera en algún momento su amiga, pese a lo que estuvimos juntos.

—Por tu cara deduzco que has escuchado hablar de mí. Espero que fuera para bien.

—Sí..., perdona.

—No pasa nada.

—¿Estáis listos? —pregunta un joven muy guapo y con unos intensos ojos dorados que acaba de llegar.

—No me has dado tiempo a decírselo. Becca, este es Robert. El padre del otro trasto, Nora —dice acariciando a la pequeña, que le está sacando la lengua a Matty—, y mi novio. Al menos, por ahora —bromea.

—Encantado de conocerte. —Robert me da dos besos, pero no se me ha pasado desapercibida la mirada de reproche que le ha echado a Jenna por su comentario. ¿Tendrán problemas?

—Hemos pasado por si os queréis venir al cine —explica Jenna—. Matt dice que por él sí. ¿Te vienes con nosotros?

Aunque no me desagrada la idea, niego con la cabeza. Es una mala costumbre que tengo cuando se trata de salir con gente. A veces me da rabia ser tan vergonzosa y no poder ser más como Matthew, que enseguida encaja en cualquier sitio.

—Gracias, pero tengo que...

—Déjate de excusas tontas —comenta Matt poniendo sobre mis hombros una de mis chaquetas finas y otra sobre los de Matt—. Estamos listos. Quedamos en el centro comercial.

Robert y Jenna asienten y se van con la pequeña, que aprovecha que sus padres no la ven para sacarle la lengua otra vez a Matty.

—Vamos —dice Matt poniendo sobre mi cintura su mano, que me produce un millar de escalofríos.

—Tengo muchas cosas que hacer.

—Sí, claro.

—Es verdad...

—¿Como lo de la cena del otro día?

—No te dije que...

—Venga, lo pasaremos bien.

—Sí, mamá, lo pasaremos muy bien —me dice Matthew con cara de súplica.

—Matthew no aguanta las películas. La primera y única vez que lo llevé al cine, no paró de preguntarme el porqué de todo lo que pasaba.

—Entonces será divertido. Además, teníamos pensado ver una peli para niños. Los que van allí saben que la mayoría de los pequeños hablan.

—Jenna es muy guapa —digo cambiando de tema de repente.

—Sí —admite—. Te caerá bien.

No añade nada más y al final acabo montando en su coche y guardándome mis protestas para otra ocasión. Esta vez no me han servido de nada.

* * *

Al salir del cine hemos pedido comida rápida para comerla en la zona infantil que hay dentro del mismo restaurante. Matthew está disfrutando muchísimo jugando en el parque de bolas. Lo vigilo mientras escucho hablar a Matt y sus amigos. Se les ve buena gente, pero me cuesta mucho introducirme en las conversaciones; no creo que lo que yo pueda decir sea importante o les interese.

Cojo una de mis patatas y sigo mirando a Matty. Hemos ido primero a ver la película y, tal como yo esperaba, Matthew no ha dejado preguntarnos cosas. Matt le ha contestado y le ha dicho que hablara flojito o al oído, y lo ha tenido casi toda la peli hablándole al oído. No creo que se haya enterado mucho del argumento, pero ambos lo han disfrutado. Viéndolos juntos, me pregunto por qué un día dudé de que Matt no lo aceptaría. Lo ha aceptado y lo ha querido al momento.

Escucho el sonido de un móvil entre el jaleo del restaurante.

—Es Mar.

—Qué raro. ¿Ya no te deja descansar ni los domingos? —Jenna lo dice con una sonrisa, pero con un claro tono mordaz.

—Déjalo ya, Jenna —le responde serio Robert antes de irse a hablar por el móvil.

—¿Qué pasa? —le pregunta Matt a Jenna cuando nos quedamos solos.

—Nada, todo está perfecto.

—Jenna... —le incita Matt.

—Según Robert, solo son cosas mías, pero él no ve lo que yo veo. A esa Mar le gusta, y es perfecta, Matt. Es una de las mujeres más guapas que he conocido, y mira que he conocido muchas...

—¿Estás celosa? Robert te quiere.

—Sí, eso dice... Perdonad, voy al aseo —comenta con los ojos llorosos.

Matt la ve alejarse preocupado.

—Jenna siempre ha tenido un sentimiento de inferioridad. No se ve guapa y cree que no es lo bastante especial como para que la gente la quiera mucho tiempo seguido.

—Vaya.

—Os parecéis mucho. Ella también se oculta cuando siente vergüenza y puedes ver como se va haciendo cada vez más pequeña, como si quisiera desaparecer. ¿Te suena? —Aparto la mirada—. Pero al contrario que tú, Jenna habla sin parar con sus amigos cuando está nerviosa y dice cosas incoherentes. Tú te ocultas.

—¿Por qué estás tan seguro de eso? Puedo haber cambiado en este tiempo.

—No has dicho nada desde que nos sentamos a cenar.

—No soy muy habladora.

—Lo eres conmigo. —Alzo los hombros—. Poco a poco.

Asiento.

—¿Llevan mucho tiempo juntos? —pregunto observando a Robert, que sonrío al teléfono, y me pregunto si Jenna tendrá razón.

—Casi tres años. Pero Robert la quiere...

—El amor a veces se agota. Mira lo que nos pasó a nosotros. Nos queríamos, y ahora lo único que nos une es Matthew. Cuando estaba contigo yo creía que lo nuestro sería para toda la vida... y no lo fue.

—No seas pesimista. Son situaciones distintas.

—Él está sonriendo por teléfono. ¿De verdad piensas que los celos de Jenna son infundados?

Matt observa serio a Robert y ambos lo vemos reírse por algo que le dice su interlocutora.

—Solo espero que sí lo sean.

Al poco llega Jenna sonriendo como si nada hubiera pasado, pero sus ojos dejan ver el tormento que está viviendo.

—Lo que tenga que ser, será. Preocúpate de ello cuando pase, y no antes. A veces nos imaginamos la mayor de las desgracias y, cuando no sucede, nos damos cuenta de que nos hemos preocupado por nada —digo del tirón. Jenna me observa seria y aparto la mirada—. Siento si te he molestado..., voy a ver a Matthew. —Y sin más me levanto.

Cuando llego a donde están los pequeños, mi hijo me saluda sonriente y me dice que lo mire. Le devuelvo el saludo y me siento cerca. Al poco siento que alguien hace lo mismo.

—No me ha molestado. Tienes razón —me comenta Jenna—. Pero tengo miedo de perderle... y perderla a ella —dice mirando a Nora—. Ni siquiera soy su madrastra. Robert no quiere casarse conmigo.

—¿Te lo ha dicho él?

—Dice que no es importante casarse..., pero yo sí quiero...

—Necesitas saber que eres lo suficientemente importante para él como para que dé ese paso contigo —deduzco.

Jenna asiente y me mira sonriente.

—Gracias por escucharme. Normalmente no soy así, soy muy alegre... pero últimamente no.

—Tú también eres muy guapa.

—Igual que tú.

—Yo no. Yo soy normal...

—Somos tontas —comenta Jenna cogiendo mi mano con cariño.

Al poco llega Nora y le pregunta si ha visto lo que ha hecho.

—Sí, princesa, lo he visto.

—¡Pues mira lo que hago! —chilla Nora feliz.

—¡Y a mí! ¡Yo soy mejor! —grita Matthew.

—¡No, soy yo!

Los pequeños se ponen a discutir y Jenna me mira, seguramente pensando en lo mismo que yo: los que se pelean, se desean. Pero ellos no son más que niños. No saben nada del deseo, y mucho menos del amor y de lo complicado que es. No puedo evitar mirarlos y envidiar su inocencia. Todo es tan fácil cuando eres pequeño, y tan complicado cuando te haces mayor... ¿O seremos nosotros los que lo complicamos todo?

CAPÍTULO 9



MATT

Observo a Jenna y a Becca juntas. Siempre supe que harían buenas migas. ¿Estará Robert realmente interesado por Mar? Robert se sienta en la mesa cuando termina de hablar por teléfono y mira serio a Jenna.

—¿Qué pasa? —le pregunto sin rodeos.

—Que desde que me han ascendido y tengo secretaria, y para colmo no es fea, Jenna se raya y ve cosas donde no las hay.

—¿De verdad no las hay? Te he visto reír hablando con ella.

—Sabes que soy risueño. ¿Tú también crees que hay algo entre Mar y yo?

—Yo solo sé que Jenna se ha ido al aseo a llorar y está sufriendo con esto. Y que si tiene celos, sean infundados o no, es porque tú no estás actuando como deberías.

Robert observa a Jenna preocupado.

—Quiero a Jenna, pero... —Lo miro inquieto—. No sé cómo lidiar con sus celos. Yo no veo nada malo en mi comportamiento con Mar... Jenna te llama a ti cada dos por tres y yo sé que sois amigos. ¿Qué hay de malo en que yo tenga una amiga que no sea del grupo? Bueno, ni siquiera la considero una amiga, simplemente me cae bien.

—Te entiendo, pero... Jenna está pasándolo mal.

—Lo sé, pero me molesta que dude tanto de mí y no me crea cuando le digo que son imaginaciones tuyas. Mar es muy eficiente en su trabajo y...

—¡Robert!

En ese momento entra en el restaurante una rubia impresionante con un gran escote. Mientras camina hacia nosotros, varios jóvenes la observan con descaros.

—Estaba por aquí cerca y me he pasado a saludar. Espero no molestar —dice mirándome.

—En absoluto. Mar, él es Matt.

La saludo y miro hacia las chicas. Jenna acaba de darse cuenta de quién se ha acercado a nuestra mesa y ha puesto cara de pocos amigos, y Becca, que ha adivinado quién es, le aparta la cabeza y le dice algo al oído.

—¿Y Jenna y tu preciosa niña?

—Están allí —comenta Robert, y Mar va a saludarlas.

—Empiezo a entender a Jenna.

—Que sea una mujer explosiva no quiere decir que me vaya a meter en su cama.

—Pero la deseas —le digo para probarlo.

—¿Y quién no se sentiría tentando con alguien así? Pero no la amo. Amo a Jenna y eso lo tengo muy claro, por muchas rubias tentadoras que tenga a mi alrededor. Jenna para mí es mucho más hermosa de lo que pueda serlo Mar y solo la deseo a ella. Pero por más que se lo diga, ella no me cree, y ambos sabemos que es porque ella tiene muchos complejos. ¿Qué puedo hacer ante eso? Ya no sé cómo decírselo.

Noto que a Robert empieza a cansarle este tema. Observo a Jenna hablar con Mar. No la mira mal ni le hace ningún feo, pero sé que no lo está pasando bien. La conozco lo suficiente para darme cuenta de ello.

Al poco, Mar vuelve con nosotros y deja sus cosas en una silla.

—Voy a pedir algo para cenar —nos dice antes de coger el monedero e irse hacia el mostrador. Acto seguido las chicas se acercan también.

—Aprovechando que los niños están bien cuidados, nos vamos a dar una vuelta por el centro comercial —nos anuncia Jenna cogiendo de la mano a Becca, que no comprende nada pero se deja llevar.

—Tiene genio —comenta Robert con una sonrisa.

—Sí. Cuidado que no saque las garras.

Robert sonrío y sigue a Jenna con la mirada, y puedo ver el amor que siente por ella. Yo sé que el amor perdura y el deseo solo dura unos instantes. Más relajado, termino de cenar y vigilo a Matthew, que está disfrutando a lo grande de la salida, ajeno a todo lo que sucede a su alrededor.

* * *

Me despierto temprano y bajo a desayunar, pero, cuando lo hago, Becca ya está en el salón terminando su desayuno.

—¿Qué tal van los nervios del primer día de instituto nuevo?

—De maravilla —ironiza.

—Kevin debe de estar a punto de llegar.

Becca asiente. Ayer me llamó Kevin para decirme que iba a pasar a por Becca, ya que el otro día comenté que irían al mismo instituto y ha pensado que le vendría bien conocer a alguien. Becca asintió cuando se lo dije, pero sé que le da vergüenza. En fin, ya se le pasará. Kevin es un buen muchacho.

Ayer, Jenna y Becca regresaron de su paseo cuando estábamos terminando de cenar. Mar no tardó mucho en irse, pero Jenna seguía de morros, o lo estuvo hasta que Robert la besó y le dijo que era una celosa. Al final lo perdonó con una sonrisa. Sé que gran parte del problema es que Jenna no se valora en lo que vale. Es algo que no puede evitar. Aunque Mar también se las trae. No dejaba de mirar a Robert con deseo y él, o no se da cuenta, o le importa bien poco. Y si Jenna ha visto eso, es evidente el porqué de sus celos: Mar no se corta un pelo. La verdad, puede que sea despampanante, pero no me llevé una buena impresión de ella. Solo espero que esto no les traiga problemas.

—¿Becca? —ella se gira y, cuando ve a Kevin, su gesto serio se transforma en una amplia sonrisa. Su reacción me mosquea.

—¿Kevin? ¿De verdad eres tú?

Y entonces sucede algo que no me esperaba: ambos se abrazan como si se conocieran de toda la vida.

—¡No me puedo creer que estés aquí! Ha pasado tanto tiempo...

—Sí. Es increíble.

Becca se sonroja y Kevin le sonrío visiblemente impactado por que sea ella.

Yo, por mi parte, los miro molesto. ¡Y luego digo de Jenna! Yo soy peor, pues Becca no es nada mío, no tengo ningún derecho a sentir estos pequeños e insignificantes... celos. «¿Qué celos?, no he sentido nada», me convenzo.

—Hola, Matt —me saluda Kevin—. Luego la traigo también. Nos vamos ya, que tenemos que ponernos al día.

—¿Tu madre lleva a Matty al colegio? —me pregunta Becca.

—Sí.

—Estupendo. Nos vemos luego.

Asiento y la veo irse con Kevin tras coger la mochila.

—Espero que no te importe ir en moto. El coche está en el mecánico.

—Nunca he montado en moto —le contesta Becca y Kevin se ríe—. Pero me fío de ti.

—Te gustará, ya lo verás.

Dejo de escucharlos y, poco después, el ruido de la puerta de la calle al cerrarse inunda el salón. Me asomo a la ventana y veo a Becca montando detrás de Kevin y agarrándolo por la cintura... Y aunque no quiera, aunque me joda admitirlo, esto que siento solo se puede llamar celos. Sobre todo porque, delante de Kevin, Becca parece haberse olvidado por completo de su vergüenza. Es evidente que entre ellos hubo algo en el pasado. ¿No estaba tan enamorada de mí?

BECCA

Kevin se detiene cerca del instituto. Me bajo de la moto sin creermelo aún que él esté aquí. Conozco a Kevin desde que era pequeña. Iba un curso por detrás de mí, pero coincidíamos en el recreo y gracias a la forma de ser de Kevin, que conseguía que yo dejara de ser tan vergonzosa, nos hicimos amigos. Siempre he tenido claro que me gustaba más Matt que Kevin, pero sí me sentía atraída por él en cierta manera. Me fascinaba su carácter y le apreciaba mucho, pues su compañía hacía que mis días en el colegio fueran más llevaderos.

—Me alegra mucho ver que estás bien —me dice.

—Y a mí que tú lo estés. Sabes lo de Matthew, ¿no?

—Sí, aunque no imaginaba que fueras tú. Debiste de pasarlo mal cuidándolo tú sola. Agacho la mirada y asiento.

Kevin me coge la cara y me mira con sus increíbles y risueños ojos.

—No me gusta que me escondas lo que sientes, ¿recuerdas?, por muy malo que sea.

Levanto la cabeza y sonrío. Es como volver al pasado.

—No estoy bien. Todo esto que estoy viviendo últimamente me supera.

Nos sentamos en un banco y le pongo al día de lo que ha sido mi vida estos últimos años, y Kevin me cuenta lo que ocurrió por culpa de su padre. Yo ya sabía que su padre y su madre eran así. Un día se presentaron borrachos en el recreo y empezaron a llamar a Kevin a través de la valla, y él se acercó a hablar con ellos. La gente luego no comentó nada del incidente porque Kevin regresó como si no hubiera pasado nada. Me dijo que si la gente sabe que algo te avergüenza, te lo restregarán por la cara para hacerte daño, pero si actúas como si tal cosa, al final ellos también lo ven normal y te dejan en paz. Y tenía razón. Me alegra saber que al final Kevin encontró una verdadera familia, porque se la merece y porque me identifico mucho con él, pues también tuvo que cuidar solo de su hermano. Además, si es amigo de Matt, no dudo de que el hermano de Kevin, ese tal Adair, sea buena gente.

—El mundo es un pañuelo —comento.

—Sí.

Suena la sirena para empezar las clases y Kevin se levanta.

—Vamos. Ya sabes: si tú actúas con normalidad, la gente te tratará igual. —Me guiña un ojo y lo sigo no muy convencida, pero esperando que tenga razón.

* * *

Resoplo aliviada cuando termina la segunda clase y comienza el recreo. Esta mañana me siento perdida, pues este curso es mucho más avanzado que el de mi anterior instituto

y encima, por mi maldita vergüenza, no he preguntado nada al profesor. Está visto que no he conseguido hacer caso a Kevin.

—Mira, Kevin está esperando a alguien. Cada día que pasa está más bueno...

—Ha venido a por mí —le contesta una de mis compañeras a la otra.

—En tus sueños. —Se ríen y alzo la mirada para ver a Kevin en la puerta.

Me levanto y voy hacia él. Es cierto que está mucho más guapo que cuando íbamos al colegio. Ha crecido mucho, tiene el pelo más rubio y antes no estaba musculado. Sus ojos siguen siendo fascinantes, de un color verde esmeralda poco común, y su sonrisa sigue bailando con facilidad en sus carnosos labios. Es realmente atractivo y, para mi desgracia, acabo comparándolo con Matt, hasta que desecho ese pensamiento.

—¿Ya has terminado? —Sus cálidos ojos verdes me reciben.

—Sí, pero es todo muy difícil.

—Te comprendo —me dice mientras caminamos hacia la cafetería—. Después de tantos años dedicándome solo y exclusivamente a mi hermano, cuando empecé en el instituto tenía la sensación de que todo me era imposible.

—A mí me pasó lo mismo cuando comencé en el otro instituto al que iba... y eso que el nivel era más flojo que en este. Espero aprobar.

—Si quieres que te pase apuntes o lo que sea, ya sabes que puedes contar conmigo. —Asiento agradeciendo su ayuda.

—Por cierto, veo que sigues siendo tan ligón como en el otro colegio.

—¿Quién, yo? ¡Pero si no hago nada! —me dice con una pícaro sonrisa.

—Tampoco te molesta —le digo sonriente, pero él solo se ríe, ignorando mi comentario.

Entramos en la cafetería. Kevin me presenta a su grupo de amigos: cuatro chicos y una joven rubia que no deja de mirarse el esmalte de uñas.

—Otra vez se me ha roto una uña. Odio las clases de informática. ¿A que es horrible? —me pregunta mientras me siento.

—No me preocupo por esas cosas.

—Pues estar perfecta es muy importante. —Natalia, que así se llama la chica, me sonrío. Es muy bonita. Tiene un precioso pelo castaño claro que lleva peinado a un lado y unos ojos grandes y azules.

—Hay cosas más importantes —comenta Kevin, que acaba de regresar con dos cafés—. Toma, te sentará bien.

—Yo no bebo café. El estómago... —Pero entonces observo la cara sonriente de Kevin, pienso que solo un café no me hará daño y lo cojo—. Gracias.

—De nada.

Kevin se toma su café al tiempo que escucha hablar a sus amigos de lo que han hecho este fin de semana. Me siento algo desplazada. Nunca he salido de fiesta. Mis años de ir a discotecas, las fiestas, salir con los amigos, me fueron arrebatados de cuajo cuando nació el pequeño. Y aunque no cambiaría ni uno solo de esos días, una parte de mí siente envidia.

Al poco llega un chico moreno de ojos azules, muy guapo; se sienta al lado de Natalia y le da un lento beso en los labios que me hace apartar la mirada. El chico se presenta y me dice que se llama Jack.

—Mírala, otra vez llamando la atención. —Natalia señala a una mesa y veo a una joven de unos quince años que está tratando de que unas alumnas más mayores no le quiten su comida

—¡Maldita sea! —comenta furioso Jack.

—Déjala en paz. Ella se lo busca por ser tan fea —le dice Natalia.

Pero Jack se levanta enfadado y camina hacia ellas. Por desgracia, la que está tirando de la bandeja la suelta antes de que él llegue y la comida se le cae encima a la joven.

—¡Largo de aquí! —Las otras, al ver a Jack, salen corriendo.

—No sé por qué siempre tiene que defender a esa tal Eimy.

—¿No será porque se han criado juntos? —la recrimina Kevin.

—No es más que la hija de unos trabajadores. No es responsabilidad de Jack.

Ignoro a Natalia. Acabo de conocerla, pero salta a la vista que sensibilidad, no tiene ninguna.

—¿Estás bien?

—Sí —dice la joven sonriendo a Jack, agradecida—. No es nada..., gracias.

Jack asiente y la joven coge sus cosas y, tras colocarse bien sus gafas, se marcha deprisa y sin levantar la vista del suelo.

—¿Ya te has puesto en ridículo por ella? Menudo curso nos está dando.

—Mira, Natalia, llevamos saliendo el tiempo suficiente como para saber que no me voy a desentender de Eimy. Es mi amiga y, si te importo, debes aceptarlo.

—Y lo acepto, pero ella parece creer que sois algo más. Te mira como si fueras suyo y tú nunca te fijarías en ese pequeño *monster*. Es patética.

—¡Cállate ya! —le espeta furioso Jack.

Natalia se da cuenta de que su novio empieza a perder la paciencia con este tema y, para aliviar la tensión del ambiente, le da un beso, que Jack no le niega.

—Cambiando de tema, ¿qué haremos este fin de semana? ¿Tú tienes que trabajar? —pregunta Jack a Kevin.

—Por la tarde noche sí, pero luego puedo quedar un rato —contesta Kevin—. Te podrías venir —me dice mirándome.

—No sé... Seguramente no pueda.

—Aún quedan días para que lo pienses. Además, tenemos que recuperar los años perdidos.

—¿Os conocíais? —pregunta, curiosa, Natalia.

—Sí, hace años.

—Qué casualidad. —Lo dice de una forma que no sé si es bueno o malo. Apuro el café, sintiendo que se me resiente el estómago. No debería haberlo tomado. Cuando llega el momento de irse, me levanto y Carlos, otro de los amigos de Kevin, me detiene poniéndome una mano en el brazo. Aunque tiene el pelo y los ojos negros y es bastante guapo, hay algo en él que no me gusta.

—No eres muy habladora. Me das morbo.

—Déjala en paz —comenta Kevin apartando su morena mano de mi brazo—. No le hagas caso. Le gusta pensar que todas las tías caen rendidas a sus pies. A veces no sé cómo lo soporto —comenta Kevin serio.

—Porque soy el mejor en la cancha de baloncesto.

—Sabes que eso no es cierto, el mejor soy yo —dice Jack, y Natalia le besa como para confirmarlo. Carlos se ríe por el comentario.

Se me hace raro mantener este tipo de conversaciones. En mi otro instituto iba, estudiaba y me volvía a casa a trabajar con Elen. No me relacionaba con mis compañeros porque al ser más mayor que ellos me daban de lado, y más cuando se enteraron de que era madre. Sentía sus miradas de reproche como si hubiera hecho algo imperdonable o me hubiera quedado en estado por ser una fresca. Llevo lidiando con eso desde hace años. La gente me juzga sin saber. Es una suerte haberme encontrado con Kevin y haberme integrado en su grupo.

Estoy llegando a clase cuando veo a Eimy tratando de limpiarse una mancha de la ropa. Parece azorada y algunas jóvenes la miran.

—¡Hola! —No sé qué me empuja a ir hacia ella, pero no puedo evitarlo. No me gustan las injusticias, en eso me parezco a Matt. Saco de mi bolso una de las toallitas de bebé de Matthew y se la tiendo—. Esto lo limpiaré. Son milagrosas.

Eimy me mira desde detrás de sus gafas; unas gafas de pasta que no la favorecen nada y que no permiten apreciar sus hermosos ojos verdes.

—Gracias. —La chica se empieza a limpiar la mancha con la toallita y se alegra cuando ve que se quita—. Soy un poco torpe...

—No hace falta que me des explicaciones, lo he visto todo. Es horrible que haya personas así, que se crean con derecho de atacar a los que consideran inferiores a ellas.

Me mira triste, se sonroja y empieza a hablar muy bajito, tímida.

—No encajo aquí. Tal vez debería irme a otro instituto. —Me doy cuenta de que lleva aparato, a pesar de que al hablar trata de ocultarlo.

—Todos los institutos son iguales. Para bien o para mal.

Me mira con desesperanza y al poco agacha la mirada. En parte me recuerda a mí. Tal vez por eso no me siento tan vergonzosa con ella: Eimy me despierta ternura. Parece una chica muy dulce.

—Es una suerte que Jack te ayudara.

—No puede evitar defenderme, pero de todo se cansa uno... —dice encogiéndose de hombros.

—¿No es tu amigo?

—Sí..., no..., no sé. Es Jack. Hace años sí lo éramos, pero desde que entramos en el instituto todo es diferente. Nos conocemos desde que nací, literalmente.

Al decir eso, sus ojos se iluminan. Su historia me recuerda a mí y a Matt. Para mí no era solo mi amigo; era alguien especial, alguien a quien yo adoraba desde niña.

—Gracias por la toallita. Me voy a clase.

* * *

Kevin y yo estamos de vuelta en la mansión cerca de la hora de la comida.

—¿Qué tal el primer día? —me pregunta mientras me bajo de la moto.

—Bueno, me he sentido desubicada en muchos sentidos... pero poco a poco me pondré al día, supongo.

—Ya verás como sí. —Kevin arranca la moto y me mira—. Ahora tengo que irme a trabajar, pero mañana me paso a por ti a la misma hora. Vendré un poco antes; así desayunamos y seguimos hablando. Si necesitas algo, llámame.

—Gracias.

—No hay de qué. Nos vemos —dice antes de acelerar y alejarse con la moto.

Entro en la mansión y subo a mi cuarto. Una vez sola, dejo de fingir que el estómago no me duele por el café. Si ya estaba nerviosa, ahora lo estoy el doble. No me encuentro bien.

Me quito los zapatos y abro la cama para meterme dentro. Matthew come en el colegio y hasta las cinco no sale, así que tengo un rato para que se me pasen los nervios y el malestar.

MATT

Cuando entro en el salón para comer, solo está mi madre. He llegado hace poco de la universidad y, tras asearme, he bajado a comer. Esperaba ver a Becca porque, aunque he tratado de evitarlo, llevo toda la mañana pensando en su primer día de clase y quería preguntarle qué tal le había ido.

—¿Y Becca?

—¿Ya no la llamas Rebeca? —Miro molesto a mi madre—. No se encontraba bien y ha dicho que no bajaba a comer.

—¿Qué le pasa?

—No lo ha dicho.

Sin más, subo a su cuarto y toco a su puerta. Como no recibo respuesta, entro y la veo en la cama, pero la persiana está alzada y el cuarto está lleno de luz. ¿Puede dormir con tanta luz? Me acerco hasta los pies de su cama. Está dormida... o eso creía, hasta que abre los ojos y me observa.

—Me han dicho que no te encontrabas bien.

—Me duele el estómago.

—¿Es tu úlcera? —le pregunto preocupado, sentándome a su lado en la cama.

—Sí..., pero por culpa mía.

Sonríe con tristeza y, guiado por un impulso irrefrenable, le aparto uno de sus mechones castaños de su mejilla y le pregunto:

—¿Qué ha pasado?

Becca se sonroja y enseguida me doy cuenta de la estupidez que acabo de hacer. Me levanto de la cama y me alejo un poco de ella, por miedo a cometer alguna tontería más.

—Kevin me trajo un café en el recreo sin que se lo pidiera y me sabía mal decirle que no podía tomarlo.

—Peor le sentará a él saber que te ha sentado mal.

—Lo sé... Se me pasará. Y no le diré nada.

—Ahora mandaré que te suban una tila. ¿Te has tomado tus pastillas? —Asiente.

—Estoy mejor. Pero quería estar relajada...

—Como quieras. —Empiezo a irme, pero al ver su cartera en el sofá, me detengo y le pregunto—: ¿Qué tal tu primer día?

—Mal, voy muy por detrás de la media del curso.

—Si necesitas ayuda..., se me da bien explicar.

—Gracias, lo tendré en cuenta. Eres más barato que un profesor particular —bromea.

—Eso desde luego... Qué sorpresa que conozcas a Kevin, ¿no? —No puedo evitar comentar.

—Sí. —Becca sonrío y otra vez siento esa odiosa punzada—. Me ha alegrado mucho verlo y ha hecho más llevadero el cambio. Me alegra saber que todo le va bien.

Asiento molesto y empiezo a irme.

—Bueno, si necesitas algo, llámame.

Becca me da las gracias de nuevo y me marcho. Anoche terminé de leer sus cartas y en ellas vi parte de la Becca niña que conocía. Tal vez por lo vivido sea más madura, o haya dejado de soñar despierta..., pero sigue siendo la que era. Me alegró saber que los años y las experiencias vividas no han matado su esencia. Tal vez no sea tan difícil que volvamos a ser amigos.

* * *

Es viernes por la tarde. Esta semana ha sido un tanto rara, aunque desde que conocí a Matthew los días han sido así. Sin embargo, al contrario que la semana pasada, Becca y yo no nos evitamos.

Por las tardes, tras la merienda de Matthew, nos vamos los tres al despacho a repasar. A Matthew le encanta pintar. Se puede pasar horas con sus pinturas, callado y entretenido. Por su parte, Becca ha accedido a que le explique algunas cosas y eso nos ha acercado más. Poco a poco ha empezado a preguntarme sin reparos, sin importarle que vea lo atrasada que va. Me siento culpable, pues en parte es responsabilidad mía que ella lleve cursos atrasados. Yo estoy a punto de acabar la carrera, mientras que ella va a hacer la selectividad este año. Me ha fascinado la facilidad que tiene para aprender y me ha gustado mucho pasar tiempo con ella y con el pequeño por las tardes. Lo peor de todo es que temo que este núcleo familiar que estamos creando se rompa dentro de poco. Las palabras que dijo Becca cuando vino, lo de que solo estaba aquí de forma provisional y que antes o después cada uno seguiría por su lado, no dejan de repetirse en mi mente y me desagrada pensar que pueda irse en cualquier momento. No porque sienta nada por ella ni porque me moleste ver lo feliz que se va todas las mañanas cuando Kevin viene a por ella..., no, no es eso. Pienso, o intento convencerme, de que simplemente me gusta cómo están las cosas ahora, y no quiero perder esto.

—¡Papá, me he comido todo el bocadillo!

—Mentiroso.

—Solo me he dejado una puntita de nada.

Becca le sonrío y le revuelve el pelo. El pequeño se va a la mesa donde tiene sus pinturas y sus folios y Becca se sienta a mi lado en el escritorio.

—Si quieres, puedes explicarme esto otro día. Hasta el domingo tenemos tiempo...

—Por mí está bien hoy; así tendrás más tiempo para repasar.

—Gracias. —Becca abre su libro de matemáticas. Es lo que mejor se le da, pero pese a eso, le cuesta. Su nivel es muy bajo—. Creo que no estoy preparada para la selectividad...

—Lo estarás. Aún quedan unos meses.

Becca me sonrío y empezamos a estudiar. Enseguida entiende mis explicaciones y hace los ejercicios con presteza, mientras yo repaso unos documentos de mis empresas.

—¿Cómo puedes con todo? Estudiar, llevar las empresas...

—¿Y tú?, ¿cómo puedes con todo? —le pregunto sonriente—. No hago más que los demás.

Asiente y sigue a lo suyo. Al poco viene mi madre y se lleva al pequeño, alegando que, como es viernes, hoy le toca a ella cuidar de su nieto.

—Aprovechad para salir un rato. Os vendrá bien. —Y le dice a Matthew—: ¿A que tú estás muy bien con tu abuela?

—¿Vamos a cenar chocolate con bizcocho?

Mi madre se ríe y le da un beso en la nariz.

—Lo pensaré.

Matthew se despide de nosotros agitando su mano y mi madre cierra la puerta, dejándonos solos. Becca me mira tímida y luego a su cuaderno. Me pregunta algo más y se lo explico. Nos quedamos en silencio, cada uno a lo suyo, pero, al contrario que me pasa con otras personas, este silencio no me resulta incómodo.

Escucho sonar un móvil y Becca saca el suyo del bolsillo de su pantalón. El otro día le di uno de los míos que no usaba; me costó convencerla de que lo aceptara, pero es más moderno que el que ella tenía.

—Hola, Kevin..., estaba estudiando... No lo he pensado... —La observo con disimulo; está torciendo el morro dudosa—. No sé..., sí, claro que me apetece salir, pero... —Me mira de reojo y yo la miro intrigado—. Sí, claro que me apetece, pero...

—Si te quieres ir, vete. Matthew está con mi madre —le comento interrumpiéndola.

—Ahora te llamo —le dice a Kevin, cuelga y me mira.

—¿Habíais quedado? —trato de que parezca una pregunta casual.

—Kevin me dijo que esta noche iba a salir con sus amigos.

—¿Y te gustaría ir?

—No lo sé..., nunca he ido a una discoteca —reconoce—. No sé si me gusta o no. Lo mismo me agobia. Aunque de ser así, sé que solo tendría que decirle a Kevin que nos fuéramos.

—¿Nunca has ido a una discoteca?

—Hasta ahora solo me he dedicado a Matthew..., pero como últimamente tengo más tiempo para pensar en mí, me siento un poco perdida.

—Te entiendo —le digo, aunque en verdad no lo puedo hacer. Yo he descubierto que tengo un hijo con casi veintitrés años, ella lo supo con quince. Tuvo que asumir el papel de madre cuando no era más que una niña.

—El caso es que tengo ganas de ir..., pero estoy nerviosa...

—Ve y pásatelo bien —le digo. De haberlo sabido, me hubiera gustado haberla llevado yo... Lo que no entiendo es a qué viene mi interés por hacerla feliz.

—No sé... Me sabe mal estar así por no haber vivido lo que las otras jóvenes a mi edad, ¿sabes? No me arrepiento de nada de lo vivido con Matty..., pero no puedo evitar sentir que me he perdido la juventud. ¿Estoy siendo egoísta?

—No, no eres una egoísta por querer vivir. Piensa que, si tú eres feliz, Matthew será feliz. —Me levanto sintiéndome mal de repente. Desde que me enteré de lo de Matthew, he tratado de ponerme en el lugar de Becca, pero ahora me doy cuenta de que no lo he hecho ni por asomo. Si lo hubiera hecho, hace días que habría comprendido todo lo que Becca ha sufrido y sacrificado porque Matthew fuera feliz.

—¿Te pasa algo?

—No, no. Nos vemos mañana. Saluda a Kevin de mi parte.

Y sin más me voy, sintiendo una pesada sensación en el pecho. No puedo evitar sentirme culpable por todo lo que Becca ha perdido. Si yo hubiera leído aquella nota en vez de quemarla, habría sabido la verdad y la habría defendido. Habríamos sido dos luchando por sacar a Matthew adelante, no solo ella. Y menos mal que gracias a Elen no lo ha tenido que hacer sola, pero ese era un papel que sin duda me correspondía a mí.

AGRADECIMIENTOS

En especial a mi prometido y mi familia, por vuestro apoyo incondicional, por ilusionaros con cada uno de mis logros y vivirlos como propios. Por quererme tanto como yo os quiero a vosotros.

A mi editora Adelaida Herrera y a Click Ediciones por confiar en esta serie y amarla tanto como la amo yo. Y a Mónica Yáñez, por ser tan maravillosa y corregir mis novelas para que brillen con luz propia.

A todos mis lectores y a toda la gente que me apoya, por dejaros seducir con mis novelas y vivirlas con la misma intensidad con que yo lo hago cuando les doy vida. Gracias por entender mi mundo y por estar a mi lado. Por vuestros comentarios y opiniones que me ayudan y me animan a querer mejorarme en cada libro.

A todos vosotros, ¡¡gracias por ser simplemente maravillosos!! Y a los nuevos lectores, encantada de que os unáis a mi pequeña gran «familia».



Nació el 5 de febrero del 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación. Imaginativa y despierta no tardó mucho en empezar a decantarse por el mundo literario, ya que con 9 años empezó a escribir un pequeño teatro y con 12 años escribía poesías y frases sueltas. Pero no fue hasta los 18 años hasta que «descubrió» el ordenador cuando escribió su primera novela en serio, siendo este el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor. Publicó una serie de 9 libros de forma gratuita en su blog «Mi error», que cuenta con miles de descargas por todo el mundo y ha conseguido con ello un mayor reconocimiento.

Libros publicados en papel:

- **El círculo perfecto** (Editorial Ambar 2010)
- **Me enamoré mientras dormía** (Editorial Nowe Volution Enero 2014)
- **Me enamoré mientras mentías** (Editorial Nowe Volution Noviembre 2014)
- **Por siempre tú** (Ediciones Kiwi Marzo'15)

Administradora de la web literaria de éxito «teregalounlibro.com» que cuenta con más de un millón de visitas.

Además, la autora ha conseguido colocarse en las **primeras posiciones de las listas de más vendidos en Amazon y iTunes** con sus novelas «Me enamoré mientras dormía» y «Por siempre tú» y su novela «Me enamoré mientras mentías» ha sido nominada a mejor novela romántica juvenil este año en club romántica.

Más sobre ella: <http://www.moruenaestringana.com/>

Su frase:

«La única batalla que se pierde es la que se abandona»

Y ella no piensa abandonar su sueño.

PRÓXIMAMENTE

Queridos lectores:

Esperamos que hayáis disfrutado mucho con la lectura y os animamos a seguir leyendo la serie «Mi error».

Aquí tenéis los próximos lanzamientos.

Volumen VI

Mi error fue creer en cuentos de hadas. Parte I (07/06/16)

Mi error fue creer en cuentos de hadas. Parte II (05/07/16)

Volumen VII

Mi error fue no ser yo misma. Parte I (13/09/16)

Mi error fue no ser yo misma. Parte II (27/09/16)

Volumen VIII

Mi error fue tu promesa. Parte I (11/10/16)

Mi error fue tu promesa. Parte II (25/10/16)

Volumen IX

Mi error fue ser sólo tu mejor amiga. Parte I (08/11/16)

Mi error fue ser sólo tu mejor amiga. Parte II (22/11/16)

Volumen X

Mi error volumen X. Parte I (12/12/16)

Mi error volumen X. Parte II (27/12/16)

Serie Mi error

Mi error fue creer en cuentos de hadas

Parte I

Moruena Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2016

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Grigorlev Rusian / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2016

ISBN: 978-84-08-15567-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Mi error fue amar al príncipe. Parte I

Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II

Moruena Estríngana

Mariposas en tu estómago (primera entrega)

Natalie Convers

Ella es tu destino

Megan Maxwell

Heaven. El hilo rojo del destino

Lucía Arca

La suerte de encontrarte

Helena Nieto

La chica de los ojos turquesa

Jonaira Campagnuolo

Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón

Alexandra Roma

Una canción bajo las estrellas

Laura Morales

Viaje hacia tu corazón

Moruena Estríngana

Aura tira los tacones y echa a volar

Alexandra Roma

Suki Desu. Te quiero

Kayla Leiz

Tú eres mi vez

Judith Priay

El algoritmo del amor

Diana Al Azem

La magia de aquel día

Clara Albori